

Comentario sobre la Epístola a los Gálatas

(1531/1535)

por: Martín Lutero, D.D.

Basada en la primera traducción al inglés (1575)

Redactada y concluida al inglés por Philip S. Watson¹ (1953)

Traducción del inglés al español (cotejada con el latín):

Haroldo S. Camacho, Ph. D. (2010)

GÁLATAS 1

VERSÍCULO 1. Pablo, apóstol (no de hombres ni por hombre, sino por Jesucristo y por Dios el Padre que lo resucitó de los muertos),²

Habiendo declarado el argumento y el resumen de esta epístola a los Gálatas, sería bueno señalar la ocasión por la que Pablo escribió esta epístola. Luego seguiremos al tema en sí. Pablo había sembrado entre los gálatas la doctrina pura del Evangelio, y la justicia de la fe. Pero tan pronto él partió, entraron ciertos falsos maestros. Sigilosamente derribaron todo lo que él había sembrado con su enseñanza entre los gálatas. Pues el diablo no puede hacer nada más que desacreditar furiosamente esta doctrina con toda fuerza y sutileza. Tampoco puede descansar viendo que todavía queda la más pequeña chispa de esta verdad. Por esta sola razón, nosotros predicamos el Evangelio, soportamos al mundo, al diablo y a sus ministros, y a todo el mal que pudieran obrar contra nosotros, así por la derecha como por la izquierda.

Pues el Evangelio enseña una doctrina muy superior a la sabiduría, justicia, y religión del mundo. Esa doctrina es la libre remisión de pecados mediante Cristo. Deja las demás cosas en su lugar, y las saluda como cosas buenas creadas por Dios. Pero el mundo prefiere estas cosas creadas en vez de al Creador. Además, por ellas procura quitar el pecado, librarse de la muerte, y merecer la vida eterna. Esto lo condena el Evangelio. Al contrario, el mundo no puede soportar que las cosas que más estima y goza sean condenadas.

¹ Watson usó la redacción de Erasmus Middleton (1833), y la cotejó con el latín de la versión de Lutero.

² En la traducción por lo general he usado la versión Reina Valera Gómez, 2004. Cuando he acudido a otra versión para la claridad del texto de Lutero, por lo general lo he indicado en pie de página.

Por tanto, el mundo acusa al Evangelio. Alega que el Evangelio es una doctrina sediciosa, repleta de errores. Que el Evangelio derroca poderíos, países, dominios, reinos, e imperios, y que por tanto ofende tanto a Dios y al César.³ Alega que por el Evangelio, leyes son abolidas, se corrompen los buenos modales, y libera a la gente para que haga lo que quiera. Por tanto, el mundo con el pretexto de celo santo y rendir gran servicio a Dios (pues así pareciera), persigue esta doctrina, aborrece sus maestros y profesores, como si fuera la peor plaga sobre toda la tierra.

Aún más, por la predicación de esta doctrina, el diablo queda derrotado y su reino vencido. Se ha valido de la ley, el pecado, y la muerte, como si fueran los tiranos más fuertes e invencibles, para sujetar al mundo entero bajo su dominio. Pero el Evangelio le arrebató estas cosas de sus manos. En breve, sus prisioneros son trasladados del reino de la oscuridad al Reino de la luz y la libertad. ¿Acaso el diablo va a tolerar todo esto? ¿Acaso el diablo no va a valerse de toda su fuerza y sutileza para oscurecer, corromper, y desarraigar por entero esta doctrina de la salvación y la vida eterna? Por cierto, el apóstol Pablo se lamenta de esto en ésta y todas las otras epístolas, que hasta en su época, el diablo se manifestaba como todo un rufián en ese emprendimiento.

De igual manera nosotros hoy nos quejamos y lamentamos que Satanás ha logrado más daño a nuestro Evangelio por medio de sus ministros, los espíritus fanáticos, que por todos los tiranos, reyes, príncipes y obispos que lo han perseguido y todavía lo persiguen con violencia. Y si no hubiéramos vigilado y trabajado con tal diligencia al sembrar y enseñar esta doctrina de la fe, no hubiéramos permanecido de un solo acuerdo hasta ahora, pero entre nosotros desde tiempo atrás también han surgido las sectas. Pero debido a que constantemente permanecemos en esta doctrina, y la urgimos sin cesar, nos preserva en plena unidad y paz. Pero otros, que la dejan caer en negligencia o desean enseñar (según ellos piensan), algo más excelente, caen en varios errores perniciosos y sectas sin fin, de tal modo que perecen.⁴

Pensamos sería bueno señalar aquí, que el Evangelio es tal doctrina que condena todo tipo de justicia, y predica solo la justicia de Cristo. Todos los que se amparen en ella reciben paz en la conciencia y todo lo que es bueno. No obstante, el mundo lo odia y persigue mordazmente.

Como he dicho anteriormente, lo que movió al apóstol Pablo a escribir esta epístola fue que tan pronto él partió, falsos maestros destruyeron entre los gálatas lo que Pablo había construido con grande y ardua labor. Pero estos falsos apóstoles eran los de la

³ *Deum et Caesarem*, “Dios y el emperador” HC].

⁴ Se recuerda al lector que cuando la letra pequeña en *cursiva* se encuentra en el texto, representa las partes que fueron omitidas de la primera traducción al inglés en 1575, por los traductores que no querían ofender a los seguidores de Zwinglio, pues en esos pasajes Lutero, además de rechazar la doctrina sacramentaria de Zwinglio, también categóricamente rechazaba toda contribución humana a la justificación, incluyendo el amor, pues el amor también es el cumplimiento de la ley. Watson rescató esas secciones traduciéndolas directamente del latín según lo anotaron los discípulos de Lutero, y según el visto bueno de Lutero en la versión de 1535. En la traducción de este comentario al español, es la primera vez que estas secciones aparecen en español HC].

circuncisión y la secta de los fariseos. Eran hombres de gran estima y autoridad. Se jactaban entre la gente que eran de esa casta santa y escogida de los judíos (Juan 7; Romanos 4:4,5,6). Decían que eran israelitas, de la simiente de Abraham, que tenían las promesas de los padres. Finalmente, que eran los ministros de Cristo, y los doctos de los apóstoles, que habían mantenido comunión con ellos, que habían visto sus milagros, y que tal vez ellos mismos habían obrado algunas señas y milagros (pues Cristo mismo testimonia en Mateo 7:22 que los impíos también obran milagros). Además, estos falsos apóstoles, usando toda la sutileza que podían concebir, desfiguraron la autoridad de Pablo, diciendo, “¿Por qué lo estiman tanto? ¿Por que le tienen tanto respeto? Pues apenas es el último de todos los que se convirtieron a Cristo. Pero nosotros somos los discípulos de los apóstoles, y departimos con ellos. Vimos a Cristo obrando milagros, y lo escuchamos predicar. Pablo vino después de nosotros, y es menos que nosotros. No es posible que Dios permita que nosotros estemos en el error, ya que somos su pueblo santo, los ministros de Cristo, y hemos recibido el Espíritu Santo. Además, nosotros somos muchos, pero Pablo es tan solo uno, y está solo. Ni siquiera está familiarizado con los apóstoles, ni ha visto a Cristo. Y hasta persiguió a la Iglesia de Cristo por un tiempo. ¿Acaso piensan que Dios va a permitir que tantas iglesias sean engañadas, solo por el bien de Pablo?

Cuando personajes con tal autoridad llegan a algún país o ciudad, pronto se granjean la gran admiración de la gente. Bajo esta apariencia de piedad y religión no solo engañan a los sencillos sino también a los educados. Logran engañar hasta los que parecieran estar bastante confirmados en la fe. Pues estos personajes se jactan (así lo hicieron los falsos apóstoles) que son de la simiente de los patriarcas, los ministros de Cristo, los eruditos de los apóstoles, etc. Hasta el mismo Papa hoy en día, aunque no tenga la autoridad bíblica que lo apoye, continuamente promueve este argumento a nuestra contra: “La Iglesia, la Iglesia”. “¿Piensan que Dios está tan agraviado que por unos cuantos herejes como los sectarios de Lutero, Él va a desechar a toda su Iglesia? ¿Piensan que Dios va a permitir que su Iglesia permanezca en el error por tantos siglos?” Y con esto se mantiene en pie obstinadamente, “La Iglesia jamás será derrocada”. Así como este argumento hoy convence a muchos, así mismo en el tiempo de Pablo estos falsos apóstoles, acudiendo a su gran jactancia, y desplegando sus propias alabanzas, cegaron los ojos de los gálatas, de tal modo que Pablo perdió su autoridad entre ellos, y la gente comenzó a sospechar de su doctrina.

Contra toda esta jactancia e insolencia de los falsos apóstoles, Pablo con gran constancia y valentía establece su autoridad apostólica. Él defiende su ministerio y altamente recomienda su propia vocación. No hay lugar alguno en el que se indique que Pablo cedió su posición, ni aun hasta para con los mismos apóstoles.

Y para desmontarlos de su orgullo farisaico y desvergüenza, trae a colación lo sucedido en Antioquía, donde él mismo se opuso a Pedro cara a cara. Además, sin tomar en cuenta la ofensa que pudiera haber surgido, según lo dice el texto, tuvo la valentía de acusar y reprobar a Pedro mismo, el principal de los apóstoles, el que había visto a Cristo, y había sido uno de sus más cercanos seguidores. Dijo Pablo, soy un apóstol y de tal índole que no disimulé las faltas de los otros apóstoles. Aun más, no me detuve por miedo de

reprochar al mismo pilar de todos los demás apóstoles. De esta manera Pablo en los dos primeros capítulos, se dedica nada más que a establecer su vocación, su oficio, y su Evangelio. Afirma que no recibió su Evangelio de los hombres sino por revelación de Jesucristo. Y si él, o hasta un ángel del cielo trajera otro Evangelio diferente al que ya había predicado, que lo tuvieran por maldito.

LA CERTEZA DEL LLAMAMIENTO

Pero, ¿a qué se refiere Pablo con esta jactancia? Respondo, esto que parece común tiene el siguiente propósito: Que todo ministro de la palabra de Dios debe estar seguro de su llamamiento. El que tenga esta certeza, ante Dios y el hombre se puede gloriar osadamente con conciencia libre, pues predica el Evangelio según ha sido llamado y enviado. Así como el embajador de un rey se gloria y se jacta que viene no como un particular, sino como embajador del rey. Debido a la dignidad del cargo de embajador real, recibe la más alta honra, y se le da el más elevado lugar. Si viniera como un particular no recibiría ninguno de estos honores. Por tanto, que todo predicador del Evangelio esté seguro que su llamamiento es de Dios. Es provechoso, de acuerdo al ejemplo de Pablo, que magnifique su llamamiento, a fin de ganar la debida confianza y autoridad entre la gente. Por tanto no es vanagloria sino cierto género de exaltamiento, pues no se gloria en sí mismo, sino en el rey que lo ha enviado, cuya gloria él mismo honra y magnifica. *Y cuando en nombre del rey él quiere que sus súbditos hagan algo, él no dice, “Os ruego”, sino “Así os lo ordenamos, ésta es nuestra voluntad, etc. Pero como ciudadano particular dice, “Os rogamos”, etc.*

Asimismo, cuando Pablo tan altamente encomienda su ministerio no es para buscar su propia alabanza. Exalta su ministerio debido a un orgullo santo y necesario. Pues en Romanos 11 dice, “Puesto que yo soy apóstol de los gentiles, honro mi ministerio”. Es decir, “Quiero que me reciban, no como Pablo de Tarso, sino como Pablo el apóstol o embajador de Jesucristo”. Esto lo declara debido a la necesidad de retener su autoridad, para que cuando la gente escuchara, estuvieran más atentos y le prestaran más atención. Pues escuchan no solo a Pablo, sino en Pablo, escuchan a Cristo mismo, a Dios Padre, que lo envía con su mensaje. De igual manera que los hombres deben honrar religiosamente la autoridad y majestad divina, así también deben escuchar a los mensajeros de Dios que traen su palabra y mensaje.

Este es un asunto destacable, pues Pablo tanto se gloria y se jacta en su vocación que despreciaría a todos los demás. Cualquiera que según la costumbre del mundo, se estime a sí mismo despreciando a todos los demás, y se atribuye todo solo a sí mismo, lo único que logra es destacar su necedad al mismo tiempo que ofende. Pero este modo de jactarse es necesario, pues se trata no de la gloria de Pablo sino de la gloria de Dios, a quien se rinden sacrificios de gratitud y alabanza. Pues es por esta jactancia por la que el nombre, la gracia, y la misericordia de Dios se da a conocer al mundo. Y es con esto que él comienza su epístola.

VERSÍCULO 1. Pablo, apóstol (no de hombres, ni por hombre, etc.)⁵

Aquí, al principio, Pablo señala a esos falsos maestros que, jactándose de ser discípulos de los apóstoles y enviados por ellos despreciaban a Pablo, diciendo que ni era un erudito de los apóstoles ni enviado por alguno de ellos para predicar el Evangelio. Decían que Pablo de alguna manera se había metido por mano propia en tal oficio. Pablo defiende su llamamiento diciendo, “Mi llamamiento les parece profano. Pero los que han llegado entre ustedes han sido enviados por hombres o por algún hombre. Es decir, si han llegado por cuenta propia es porque no han sido llamados. De otro modo han sido enviados por otros. Pero mi llamamiento no es de hombres, ni de hombre. Mi llamamiento es superior a todo llamamiento que puedan declarar los apóstoles, pues es “por Jesucristo y por Dios el Padre”.

Donde dice de los hombres, hablo de aquellos que se llaman y se entrometen a sí mismos, cuando ni Dios ni hombre los ha llamado ni enviado. Ellos corren solos y hablan por sí mismos. De igual manera hoy en día hay ciertos espíritus fanáticos que acechan en las esquinas buscando donde derramar su veneno. Llegan a lugares públicos o bien a las congregaciones donde el Evangelio ya ha sido establecido. De estos digo que han sido enviados por hombres. Pero cuando él dice, por hombre, entiendo que el tal tienen un llamamiento divino, pero ha llegado por medio del hombre. Dios los llama de dos maneras, usando un medio o directamente.

Dios hoy los llama al ministerio de su palabra, no directamente de sí mismo, sino usando otros medios, es decir, por el hombre. Pero los apóstoles fueron llamados directamente por Cristo mismo, tal cual los profetas de ayer fueron llamados por Dios mismo. *Después los apóstoles llamaron a sus discípulos, así como Pablo llamó a Timoteo, Tito, etc. Estos hombres llamaron a obispos (como en Tito 1), y los obispos a sus sucesores hasta nuestros días, y así hasta el fin del tiempo. Estos son llamamientos intermediados, ya que son del hombre; no obstante es un llamamiento de Dios.*

De tal modo que cuando un príncipe o magistrado o yo, llamo a cualquier hombre, ese hombre tiene su llamamiento por medio del hombre. Esta es la manera de los llamamientos desde el tiempo de los apóstoles. Ni tampoco debe cambiarse, sino ampliarse, debido a los testarudos fanáticos, porque lo condenan y se jactan de otro llamamiento, por el cual dicen que el Espíritu los impele a enseñar. Pero son mentirosos e impostores, pues los mueve un espíritu que no es bueno, sino maligno. Porque no me es legítimo dejar mi lugar designado e ir a otra ciudad a la que no fui llamado, y predicar allí (aunque siendo un Doctor en Teología pudiera predicar por todo el Papado, pero no me lo tolerarían). No, no, aun si yo escucho que se están enseñando falsedades, y las almas seducidas y condenadas que yo las pudiera rescatar del error y condenación por medio de mi sana doctrina, no debo ir. Pero debe entregar el asunto a Dios, que en su propio tiempo encontraría ocasión de llamar legítimamente a ministros para dar su

⁵ Röser abreviaba el texto con ‘etc’. Aquí el latín no incluye ‘ni por hombre,’ se asume bajo el ‘etc.’ La frase se incluyó aquí para mayor claridad en la traducción HC].

palabra. Pues él es el Señor de la siega, que enviará obreros a su cosecha. Nuestra parte es la de orar (Mateo 9:38).

Por tanto no debemos entrometernos a la cosecha de otro, puesto que el diablo incita a sus ministros a hacerlo. De tal modo que corren sin ser llamados y profesan con ferviente celo y dolor que los hombres están siendo tan miseramente seducidos. Pretenden enseñarles la verdad y arrebatarnos de las trampas del diablo. Por tanto, aun si un hombre con fervor piadoso y buenas intenciones intenta por su propia sana doctrina librar del error a los descarriados, no obstante, de eso surge un mal ejemplo, dando ocasión a maestros del maligno que se entrometan, por lo cual después Satanás ocupa la tribuna, y tal ejemplo provoca gran daño.

Pero cuando soy llamado por el príncipe u otro magistrado, entonces puedo con plena confianza jactarme contra el diablo y los enemigos del Evangelio que soy llamado por orden divina mediante la voz del hombre. Pues allí el mandato de Dios es mediante el príncipe; y estas son verdaderas vocaciones. Nosotros también somos llamados por autoridad divina, no ciertamente expresamente por Cristo como lo fueron los apóstoles, sino 'por hombre'.

Este pasaje que concierne la certeza del llamamiento es indispensable debido a esos espíritus pestilentes y satánicos. Basándose en esto, todo ministro de la palabra puede jactarse con Juan el Bautista: "vino la palabra de Dios sobre Juan" (Lucas 3:2). Por tanto, cuando predico, bautizo, administro los sacramentos, cumpro con estas cosas como alguien que ha sido enviado y llamado, pues es la voz del Señor la que ha venido sobre mí. No se ha hecho en una esquina, como se jactan los espíritus fanáticos, sino mediante la boca de un hombre que está dentro de su debido derecho de ejercer su vocación. Pero si tan solo uno o dos individuos me piden que predique, no debo hacer caso a tal llamamiento tan particular, puesto que abro una ventana de oportunidad a Satanás, que puede seguir este ejemplo y causar daño, como lo dije anteriormente. Pero cuando los que desempeñan un cargo público me lo piden, entonces debo obedecer.

Por tanto, cuando Pablo dice "no de hombres, ni de hombre", él rebaja a los falsos apóstoles. Es como si dijera, a pesar de la jactancia de esas víboras, no tienen nada más que jactarse que fueron enviados por hombres, es decir por sí mismos, o sino por hombre, queriendo decir que otros los enviaron. Yo no me fijo en estas cosas, ni tampoco ustedes las debieran tomar en cuenta. En cuanto a mi persona, ni soy llamado ni enviado de hombres, ni de hombre. Soy enviado sin intermediador alguno, sino a saber, por Jesucristo mismo. Mi llamamiento en todo es igual al de los apóstoles, pues ciertamente soy un apóstol. Por tanto, Pablo eficazmente encara el tema del llamamiento de los apóstoles. En otro lugar, coloca por separado la clasificación del apostolado, como en 1 Corintios 12, y en Efesios 4 en donde dice "Y a unos puso Dios en la Iglesia, primeramente apóstoles, luego profetas, lo tercero maestros". Aquí coloca a los apóstoles en primer lugar para que propiamente sean llamados apóstoles, "enviados directamente por Dios mismo," sin algún intermediario común.

Así fue que Matías fue llamado solo por Dios (Hechos 1:23-25), pues cuando los otros apóstoles designaron a dos, no se atrevieron a escoger entre uno y el otro. Echaron suertes, y oraron para que Dios mostrara su designado. Pues ya que sería un apóstol, era necesario que recibiera el llamamiento de Dios. Fue así que Pablo fue llamado a ser el apóstol de los gentiles (Hechos 9:15). Por esto a los apóstoles también se les llama santos, pues están seguros de su llamamiento y doctrina, habiendo continuado fieles en su oficio. Ninguno de ellos fue desechado, solo Judas, pues el llamamiento de los apóstoles es sagrado (Mateo 26:15).

Esta es la primera arremetida de Pablo contra los falsos apóstoles, que corrían por donde nadie los había enviado. El llamamiento no ha de ser despreciado. No basta con la sana doctrina y la palabra. También se necesita estar seguro del llamamiento. Todo el que entra sin esta confianza, entra solo para matar y destruir. Pues Dios jamás prospera la obra de los que no han sido llamados. Aunque enseñan algunas cosas buenas y provechosas, no edifican. De igual manera hoy los fanáticos tienen las palabras de fe en sus bocas, pero no dan fruto alguno. Su meta principal es la de atraer a la gente a sus falsas y perversas opiniones. Los que tienen un llamamiento cierto y santo sostendrán muchos y grandes conflictos. Los de sana y pura doctrina deben permanecer constantes a su debido llamamiento. Tendrán que enfrentar los infinitos e interminables ataques del diablo y la furia del mundo. Ante esto, ¿qué puede hacer el que no está seguro de su llamamiento y su doctrina es impura?

Por tanto, nuestro consuelo para los que estamos en el ministerio de la palabra es que tenemos una vocación santa y celestial. Y los que hemos sido debidamente llamados triunfamos contra todas las puertas del infierno. Por otro lado, cosa horrenda es cuando la conciencia dice “¿Qué es esto que has hecho sin un debido llamamiento?” Es aquí cuando un terror mental sacude al que no ha sido llamado, de tal modo que desea que jamás hubiera escuchado la palabra que está enseñando. Pues por esta desobediencia, todas sus obras se tornan malas, de tal modo que hasta sus más grandes obras y labores se convierten en sus mayores pecados.

Vemos pues lo bueno y necesario que es esta jactancia de gloriarnos en nuestro ministerio. Tiempo atrás, cuando yo era tan solo un joven seminarista, pensé que Pablo no obraba sabiamente al gloriarse tan frecuente de su llamamiento en sus epístolas. Pero no comprendía su propósito. Yo no sabía que el ministerio de la palabra de Dios era asunto de gran peso. No sabía nada de la doctrina de la fe y una conciencia confiada, pues ni en los seminarios ni en las iglesias se enseñaba con certeza, sino que todo estaba lleno de los sutiles sofismos de los eruditos. Por tanto nadie podía comprender la dignidad y el poder de esta jactancia santa y espiritual por un debido y cierto llamamiento. Pues este llamamiento rinde honor primeramente a la gloria de Dios, y luego al avance de nuestro oficio. Sobre todo, a nuestra salvación y la salvación del pueblo. Por esta nuestra jactancia, no buscamos la estima del mundo, ni las alabanzas de entre los hombres, ni el dinero, ni placeres, ni favores del mundo. Pues es un llamamiento divino y es la obra de Dios. El pueblo tiene gran necesidad de confiar en nuestro llamamiento, para que conozcan que nuestras palabras son la palabra de Dios. Por tanto con orgullo nos

jactamos y gloriamos en ello. No es un engrimiento vano, sino un orgullo sobretodo santo contra el diablo y el mundo, pero con humildad ante Dios.

VERSÍCULO 1. *Por Dios el Padre que lo resucitó de los muertos.*

Pablo está tan enardecido con fervor, que no puede esperar hasta llegar al tema. De inmediato, en el mismo título, irrumpe y declara lo que hay en su corazón. Su intención en esta epístola es discursar sobre la justicia que viene por la fe, y defenderla. De otra manera, desmontar la ley y la justicia que viene por las obras. Él está repleto de tales pensamientos. Por tanto, de su corazón que rebosa de esta maravillosa y sobreabundante excelencia de la sabiduría y conocimiento de Cristo, habla su boca.

Esta llama, este gran fuego que arde en su corazón, no puede apagarse. No le permite taparse la boca. Por tanto no le basta decir que fue “apóstol enviado por Jesucristo”. También tiene que añadir, “por Dios el Padre, que lo resucitó de los muertos”.

Sin embargo, pareciera que aquí no sería necesario añadir las palabras, “Y por Dios el Padre”. Pero tal como dije, Pablo habla de la abundancia de su corazón, su mente arde con el deseo de mostrar, al mismo principio de su epístola, las inescrutables riquezas de Cristo, y de predicar la justicia de Dios, la cual lleva el nombre de “la resurrección de los muertos”. Cristo viviente, ha resucitado, habla desde Pablo y lo mueve a expresarse así. Por tanto, hay razón para que él añada, que él es apóstol por Dios el Padre, que ha resucitado a Jesucristo de los muertos”. Como si dijera, “Tengo que lidiar con Satanás, y con esas víboras, los instrumentos de Satanás, que pretenden despojarme de la justicia de Cristo, que fue levantado de los muertos por Dios el Padre. Es por él por quien somos justificados, por quien nosotros también seremos levantados de los muertos el día final, a vida eterna. Pero los que se dedican a derrocar la justicia de Cristo, resisten al Padre y al Hijo, y a la obra de ambos”.

Por tanto, Pablo, al mismo principio, irrumpe al tema de la súplica de su epístola. Porque (tal como dije), él trata de la resurrección de Cristo, que se levantó de los muertos para justificarnos. Con su resurrección, él ha vencido la ley, el pecado, la muerte, el infierno, y todo mal (Romanos 4:24,25). La victoria de Cristo, es la victoria que vence la ley, el pecado, nuestra carne, el mundo, el diablo, la muerte, el infierno, y todo mal. Y esta victoria nos la ha dado a nosotros. Entonces, aunque estos tiranos son nuestros enemigos, nos acusan y atemorizan, no nos pueden obligar a la desesperanza, ni nos pueden condenar. Pues Cristo, a quien Dios Padre ha levantado de los muertos, “es nuestra justicia y victoria” (1 Corintios 15:57). Por tanto “gracias a Dios quien nos ha dado la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo”. Amén.

Dense cuenta lo preciso y al punto que es esta declaración de Pablo. Pues no dice, “Por Dios que hizo los cielos y la tierra, el Señor de los ángeles, que dio la orden a Abraham para que saliera de su tierra, que envió a Moisés a faraón el rey, que sacó a Israel de Egipto”. Ni tampoco Pablo se jactó del Dios de sus padres (como lo hicieron los falsos apóstoles) como Creador, Sustentador, y quien preserva todas las cosas obrando maravillas entre su pueblo. Es que Pablo tenía otra cosa en su corazón. A saber, la

“justicia de Cristo”. Por tanto, no escatima palabras para decir, “Yo soy apóstol, no de hombres, ni de hombre, sino por Jesucristo, y Dios el Padre, que lo resucitó de los muertos”. Pueden ver, entonces, que Pablo es guiado con gran fervor de espíritu en este asunto, por el cual él se propone establecer y sostener contra todo el reino del infierno, el poder y la sabiduría del mundo, y contra el diablo y sus apóstoles.

VERSÍCULO 2. Y todos los hermanos están conmigo.

Esto debiera bastar para tapar la boca de estos falsos apóstoles. Todos los argumentos de Pablo son para adelantar y engrandecer su ministerio al mismo tiempo que desacredita el de ellos. Es como si dijera, “Baste que yo por llamamiento divino sea enviado como un apóstol por Jesucristo, y Dios el Padre, que lo ha resucitado de los muertos. Pero para que no esté solo, añado para sobreabundar (lo que es más que necesario) a todos los hermanos, los que no son apóstoles, sino como compañeros de trinchera. Ellos escriben esta epístola al igual que yo. Conmigo testifican que mi doctrina es veraz y piadosa. Por tanto, estamos seguros que Cristo está presente con nosotros, y que él enseña y habla en medio de nosotros, y en nuestra Iglesia. Los falsos apóstoles, si es que son algo, son tan solo enviados de hombres o de hombre. Pero yo soy enviado de Dios el Padre, y de Jesucristo, que es nuestra resurrección y nuestra vida (Juan 11:25). Mis otros hermanos son enviados de Dios, aunque por hombre, a saber, por mí. Por tanto, para que no se diga que yo me he engreído poniéndolos a mi contra, tengo a mis hermanos conmigo. Todos son del mismo pensar, como testigos fieles, que piensan, escriben, y enseñan como yo.

VERSÍCULO 2. A las iglesias de Galacia.

Pablo había predicado el Evangelio por toda Galacia. Aunque no todo el territorio se había convertido a Cristo, había muchas iglesias que él había establecido. Pero los ministros de Satanás, los falsos apóstoles las fueron invadiendo sigilosamente. De igual manera hoy los fanáticos anabaptistas no van a los lugares donde dominan los adversarios del Evangelio. Llegan a donde están los cristianos y hombres de buena fe que aman el Evangelio. Hasta en territorios donde rigen los tiranos y perseguidores del Evangelio se meten en las casas de los creyentes. Usando falsas pretensiones vierten su veneno engañando a muchos. ¿Por qué más bien no van a las ciudades, países, y dominios de los papistas? ¿Por qué allí no profesan y sostienen su doctrina en presencia de príncipes impíos, obispos, y doctos de las universidades, como nosotros lo hemos hecho con la ayuda de Dios? Estos mártires delicados no arriesgan peligro alguno. Toman la precaución de ir por donde el Evangelio ya tiene puerto. Allí viven sin peligrar su paz y tranquilidad. De igual manera los falsos apóstoles no arriesgaban sus vidas al presentarse en Jerusalén ante Caifás, ni en Roma ante el emperador, ni en lugar alguno donde nadie había predicado, como lo hicieron Pablo y los otros apóstoles. Vinieron a Galacia, que ya había sido ganada a Cristo por la labor de los viajes de Pablo. También llegaron a Asia, Corinto, y otros lugares donde ya había hombres de buena fe, que profesaban el nombre de Cristo, sin perturbar a nadie, sino sufriendo todas las cosas en silencio. Allí los enemigos de la cruz de Cristo vivían en gran seguridad, sin sufrir persecución alguna.

Por esto podemos aprender cual es la suerte de todo maestro piadoso, que además de la persecución que sufre de un mundo malo e ingrato, y el gran esfuerzo por establecer nuevas iglesias, que tienen que sufrir algo más. Habiendo enseñado la verdad por mucho tiempo, pronto la verdad es derrocada por los espíritus fanáticos, que después se enseñorean y reinan sobre ellos. Esto trae dolor a los ministros piadosos, más que la persecución de los tiranos. Por tanto, que no haya ministro del Evangelio que no pueda gozarse por tal desprecio, o que no lo quiera sufrir. Pues si lo hay, que entregue su cargo a otro. Nosotros también hoy en día sufrimos lo mismo en carne propia. Desde fuera somos miseramente condenados y hostigados por tiranos. Desde adentro, por aquellos que restauramos a la libertad del Evangelio, y por los falsos hermanos. Pero nuestro consuelo y gloria está en que habiendo sido llamados por Dios, tenemos la promesa de la vida eterna. Ponemos la mira en esa recompensa que ojo no vio, ni oído oyó, ni ha entrado al corazón del hombre (1 Corintios 2:9). “Y cuando apareciere el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria” (1 Pedro 5:4), y aquí en este mundo no permitirá que muramos de hambre.

Aquí Jerónimo plantea una gran pregunta, “¿Por qué Pablo llama iglesias a las que no eran iglesias?” Pregunta él, “¿Será porque Pablo escribe a los gálatas que se han pervertido y le han dado la espalda a Cristo, a la gracia, siguiendo tras Moisés y la ley?” Por lo que yo respondo que Pablo las llama iglesias de Galacia, usando el principio de la parte por el todo, algo común en las Escrituras. Pues escribe de igual manera a los corintios, “se regocija por ellos, que la gracia de Dios les fue dada en Cristo, habiendo sido hechos ricos por él en toda palabra y conocimiento”. No obstante muchos de ellos fueron descarriados por los falsos apóstoles, y no creían en la resurrección de los muertos.

De igual manera nosotros hoy llamamos a la Iglesia romana, santa. Así también a todo su obispado, santo, aunque han sido ultrajados y sus ministros son impíos. Pues Dios “domina en medio de sus enemigos” (Salmo 110:2), el anticristo “se sienta en el templo de Dios” (2 Tesalonicenses 2:4), y Satanás está presente entre los hijos de Dios (Job 1:6). Aun si la Iglesia está “en medio de una generación torcida y perversa” (como dice Pablo, Filipenses 2:15), aun si estuviera en medio de lobos y asaltantes, es decir, tiranos espirituales, no impide que siga siendo la Iglesia. Aunque la ciudad de Roma es peor que Sodoma y Gomorra, aun así retiene el Bautismo, el Sacramento, la voz y el texto del Evangelio, las Sagradas Escrituras, los Ministerios, el nombre de Cristo y el nombre de Dios. Los que tienen estas cosas, las tienen; los que no las tienen no están sin excusa, pues el tesoro está allí. Por tanto la Iglesia de Roma es santa, porque tiene el santo nombre de Dios, el Evangelio, el Bautismo, etc. Si se encuentran estas cosas entre el pueblo, tal pueblo es santo. Así también Wittenberg es un pueblo santo, y somos ciertamente santos porque hemos sido bautizados, comunicados, enseñados y llamados de Dios, tenemos las obras de Dios entre nosotros, a saber, la palabra y los Sacramentos, y estas cosas nos hacen santos.

Digo estas cosas a fin de que diligentemente podamos distinguir entre la santidad cristiana y otros tipos de santidad. Los monjes llaman a sus órdenes, santas (aunque ellos mismos no se atreven a llamarse santos), pero ellos mismos no son santos. Esto se

debe, así como lo hemos dicho antes, a que la santidad cristiana no es una santidad activa, sino pasiva. Por tanto que nadie se considere a sí mismo santo basándose en su manera de vivir o sus obras, por su ayuno, si ora, si golpea su cuerpo, da limosnas a los pobres, consuela al desconsolado y afligido, etc. Si fuera así, el fariseo en Lucas (18:11f.) también sería santo. Ciertamente las obras son buenas, y Dios expresamente las requiere de nosotros, pero no nos santifican ante la presencia de Dios. Tú y yo somos santos, la Iglesia, la ciudad y el pueblo son santos, no de por sí, sino por una santidad foránea⁶, no una santidad activa sino pasiva, porque poseen cosas divinas y santas, a saber, la vocación del ministerio, el Evangelio, el bautismo, etc., por lo que son santos.

Entonces, a pesar que los gálatas se habían desviado de la doctrina de Pablo, el bautismo, la palabra, y el nombre de Cristo permanecía entre ellos. También había algunos de buena fe que no se habían sublevado. Tenían una correcta opinión de la palabra y los Sacramentos, y los usaban debidamente. Además, estas cosas no pueden ser profanadas por los revoltosos. Pues el Bautismo, el Evangelio, y otras cosas, no se convierten en cosas impuras aunque muchos se contaminen y sean impuros, y los tengan en mal concepto; sino que siguen siendo santas de la misma manera que lo habían sido, aunque estén entre los piadosos o los impíos; pues ni pueden ser contaminadas ni santificadas. Mediante nuestras buenas o malas palabras, mediante nuestra vida sea buena o mala, con sus costumbres, pudieran profanarse o santificarse ante los paganos, pero no ante Dios. *Por tanto, la Iglesia es santa aun donde imperan los espíritus fanáticos, si tan solo no niegan la palabra y los Sacramentos. Porque si éstos se negaren, no puede haber Iglesia.* Por eso, en dondequiera que permanezca la sustancia de la palabra y los Sacramentos, allí está la santa Iglesia. Aunque allí reine el anticristo, pues la Escritura dice que él no reina en un establo de diablos, ni en un chiquero, ni en la compañía de los incrédulos, sino en el más alto y santo lugar, el templo de Dios. Por tanto, aunque allí reinen los tiranos espirituales, aun así habría un templo de Dios, y el mismo habría de preservarse bajo ellos. Por lo que yo respondo brevemente a esta cuestión, que la Iglesia es universal por todo el mundo, doquiera esté el Evangelio de Dios y los Sacramentos. Los judíos, los turcos, y otros espíritus vanos, no son la Iglesia, pues luchan contra estas cosas y las niegan. Hasta aquí he discursado tocante el título o la inscripción de esta epístola. Ahora prosigo al saludo de Pablo.

VERSÍCULO 3. Gracia a vosotros y paz de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

Espero que no desconozcan el significado de gracia y paz, pues son palabras que Pablo usa con frecuencia, y hoy ya no son oscuras ni desconocidas. Nos proponemos comentar esta epístola no porque sea necesario, o porque diga cosas duras. Lo hacemos para confirmar nuestras conciencias contra las herejías que vendrán. No permitan que les sea tedioso si repetimos las cosas que en otros lugares y ocasiones hemos enseñado, predicado, cantado, y escrito. Pues si descuidamos el artículo de la justificación, lo

⁶ *aliena sanctitate*. Lutero quiere decir que somos santos por una santidad o justicia que radica “fuera de nosotros” y no “en nosotros;” a saber, la preciosa e incorruptible santidad y justicia de Cristo que radica a la diestra del Padre a nuestro favor, la única por la cual somos justificados HC].

perderemos todo. Por tanto cuán necesario que lo pongamos sobre todas las cosas, y enseñemos y repitamos este artículo continuamente, así como Moisés dijera de la ley. Pues no puede resonar en nuestros oídos lo suficiente ni demasiado. Y aunque lo aprendamos y comprendamos bien, no hay nadie que lo pueda dominar o creerlo en su corazón a la perfección. Así tan escurridiza⁷ es nuestra carne y tan desobediente es nuestro espíritu.

El saludo del apóstol es desconocido ante el mundo. Antes de la predicación del Evangelio jamás se había escuchado. Pues estas dos palabras, gracia y paz, contienen todo lo que pertenece a la cristiandad. La gracia suelta las ataduras del pecado y la paz apacigua la conciencia. Los dos demonios que nos atormentan son el pecado y la conciencia. Pero Cristo ha vencido estos dos monstruos y los ha hollado bajo su pie, tanto en este mundo como en el venidero. El mundo desconoce esto, por eso no puede enseñar con certeza alguna la derrota del pecado, de la conciencia, y de la muerte. Solamente los cristianos tienen esta doctrina, y tienen experiencia en el uso de esta arma para vencer al pecado, la desesperanza, y la muerte eterna. Esta doctrina no procede por el uso del libre albedrío, ni la ha inventada la razón o la sabiduría humana, sino ha sido dada de lo alto. Además, estas dos palabras, gracia y paz, contienen en ellas la suma total del cristianismo. La gracia contiene la remisión de pecados. La paz, una conciencia tranquila y gozosa. No obstante, la conciencia jamás puede estar en paz a menos que primeramente el pecado sea perdonado. Pero el pecado no se perdona cumpliendo la ley, pues nadie es capaz de satisfacer la ley. Mas bien la ley denuncia el pecado, declara la ira de Dios, acusa y aterra la conciencia, y la precipita a la desesperanza. Aun menos se quita el pecado por las obras y los inventos de los hombres, como adoraciones impías, religiones extrañas, votos, peregrinajes. Finalmente, no hay obra alguna que pueda quitar el pecado. Al contrario, las obras aumentan el pecado. Pero los pedantes legalistas cuanto más se esfuerzan y sudan por zafarse del pecado, tanto más hondo se sumen en la maldad. Pues solo hay un medio para quitar el pecado, la gracia sola. Por tanto, Pablo, en todos los saludos de su epístola, confronta al pecado y a una conciencia impía con la gracia y la paz. Esto hay que recalcarlo. Es fácil decir las palabras. Pero en la hora de la tentación no hay nada más difícil que estar plenamente convencido que *solo por la gracia*, poniendo a un lado todo otro medio por cielo y tierra, tenemos la remisión de pecados y la paz con Dios.

El mundo no comprende esta doctrina. Por tanto no la puede tolerar, ni hoy ni mañana. La condena como herejía e impiedad. El mundo se jacta del libre albedrío, de la luz de la razón, de la integridad de la naturaleza con sus poderes y cualidades. También se jacta de las buenas obras como el medio de discernir y alcanzar la gracia y la paz. Es decir, obtener el perdón del pecado y la paz de conciencia. Pero es imposible que la conciencia tenga gozo y quietud a menos que sea mediante la gracia. Es decir, mediante el perdón de pecados prometido en Cristo. Muchos se han afanado minuciosamente por hallar diversas órdenes religiosas con sus prácticas a fin de alcanzar paz y tranquilidad para la conciencia. Pero en todo eso, lo único que han logrado es hundirse más en graves miserias. Pues todos esos artificios son tan solo medios para incrementar la duda y la

⁷ *lubrica.*

desesperanza. Por tanto, no habrá descanso para tus huesos ni los míos hasta que escuchemos la palabra de la gracia, aferrándonos a ella con constancia y fidelidad. Entonces sin duda alguna hallaremos la gracia y la paz para nuestra conciencia.

El apóstol distingue correctamente entre esta gracia y paz de todo otro tipo de gracia y paz. Él desea que los gálatas tengan gracia y paz, no del emperador, ni de reyes, ni de príncipes. Éstos comúnmente persiguen a los piadosos, y se levantan contra el Señor, y Cristo su Ungido (Salmo 2:2). Tampoco les desea la paz del mundo (pues “en el mundo”, dijo Cristo, “tendrán tribulación”). La paz que les desea es de Dios nuestro Padre, etc. Es lo mismo que desearles una paz celestial. De allí que Cristo dijo, “Mi paz os dejo, mi paz os doy; no como el mundo la da, yo os la doy”. La paz del mundo otorga nada más que la paz de los bienes y las cosas materiales. La gracia o el favor del mundo nos permite disfrutar nuestros bienes, y no nos desaloja de nuestras posesiones. Pero en la aflicción, en la hora de la muerte, la gracia y el favor del mundo de nada nos aprovecha, pues no pueden librar de la aflicción, la angustia, y la muerte. Pero cuando la gracia y paz de Dios están en el corazón, entonces hay fuerza en el hombre. La adversidad no lo puede tumbar, ni la prosperidad lo puede engreír. Sino que camina derecho, guardando el camino. Pues cobra ánimo y valor en la victoria de la muerte de Cristo. La confianza comenzará a reinar en su conciencia sobre el pecado y la muerte. Pues mediante Cristo, tiene la confianza del perdón de sus pecados. Una vez que esta confianza sea suya, hay descanso para la conciencia, y recibe aliento por la palabra de la gracia. Por tanto el hombre que siendo alentado y fortalecido por la gracia de Dios (el perdón del pecado y la conciencia en paz), puede con valentía sobrellevar y vencer toda tribulación, hasta la muerte misma. Esta paz de Dios no es dada al mundo, pues el mundo no la anhela, ni la comprende, sino solo a los que creen. Y no hay medio alguno por lo que esto suceda sino solo por la gracia de Dios.

Una norma por guardar: Abstenerse de conjeturas respecto a la majestad de Dios

Pero, ¿por qué añade al saludo “Y de nuestro Señor Jesucristo?” ¿Acaso no bastó con decir, “Y de Dios nuestro Padre?” ¿Por qué entonces acopla⁸ a Jesucristo con el Padre? Con frecuencia hemos dicho que es una norma y un principio en las Escrituras, que ha de observarse con diligencia, que debemos abstenernos de curiosas conjeturas tocante a la majestad de Dios, pues el cuerpo no lo tolera, ni mucho menos la mente. “Nadie puede verme (dice el Señor), y vivir,” (Éxodo 33:20). El Papa, los turcos, los judíos, y todos los que confían en sus propios méritos, no guardan esta norma. De esa manera descartan a Cristo el Mediador de su vista. Hablan solo de Dios, y oran solo ante él, y hacen todo lo que hacen.

Por ejemplo, el monje cavila en su imaginación: “Mis obras agradan a Dios, Dios tomará en cuenta mis votos, y por todo eso me dará la salvación”. El turco dice, “Si cumplo con los mandatos del Corán, Dios me aceptará, y me dará la vida eterna”. El judío piensa, “Si guardo las cosas que ordena la ley, hallaré la misericordia de Dios, y por tanto seré salvo”. De igual manera, hoy vemos algunas cabezas turbias, jactándose del espíritu de

⁸ *annectit* HC].

revelaciones, de visiones, y otras monstruosidades, no sé cuantas, que andan por las nubes con maravillas muy por encima de donde están sus pies. Estos nuevos monjes se han inventado una nueva cruz y nuevas obras, soñando que por hacerlas agradan a Dios. En pocas palabras, todos los que desconocen el artículo de la justificación, desalojan a Cristo del propiciatorio. Pero se empeñan por comprender a Dios en su majestad por medio del juicio de la razón, y pacificarlo con sus propias obras.

Sin embargo, la verdadera teología cristiana (como les he advertido con frecuencia) no nos presenta a Dios en su majestad, como la doctrina de Moisés y otros. No nos ordena escudriñar la naturaleza de Dios. Nos manda conocer su voluntad hacia nosotros en Cristo, a quien él puso para que se hiciese carne por nosotros, de nacer y morir por nuestros pecados, y que esto se debe predicar a todas las naciones. “Porque ya que en la sabiduría de Dios el mundo no conoció a Dios por medio de su propia sabiduría, agradó a Dios, mediante la necesidad de la predicación, salvar a los que creen” (1Corintios 1:21). Por tanto, cuando tu conciencia está en pleno conflicto, luchando contra la ley, el pecado, y la muerte, en la presencia de Dios, no hay nada más peligroso que divagar en curiosas conjeturas de lo celestial. ¿Allí podrás investigar el poder incomprensible de Dios, su sabiduría, majestad, como Dios creó el mundo, y cómo lo gobierna? Si de esa manera intentas comprender a Dios, ¿entonces también intentarás pacificarlo sin Cristo el Mediador, haciendo de tus obras el puente entre los dos? Si es así también caerás como Lucifer perdiendo del todo a Dios en una horrible agonía. Pues Dios en su propia naturaleza es inmensurable, incomprensible, e infinito, la naturaleza humana jamás lo podría resistir.

Por tanto, si quieres estar fuera del peligro, con tu conciencia sana y salva, ponle riendas a este espíritu trepador y arrogante. De tal modo que puedas buscar a Dios como te enseña Pablo. Dice él, “Pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, piedra de tropiezo para los judíos, y necesidad para los gentiles; mas para los llamados, tanto judíos como griegos, Cristo es poder de Dios y sabiduría de Dios” (1Corintios 1:23,24). Por tanto, comienza en donde Cristo comenzó, en el vientre de la virgen, en el pesebre, en el pecho de su madre. Pues para esto, él descendió, vivió entre los hombres, sufrió, fue crucificado, y murió, para que usando todos los medios, él se presentara antes nuestros ojos con toda claridad. Y para que los ojos de nuestro corazón se fijaran sobre él. De tal modo que así nos impide trepar al cielo, y ponernos curiosos haciendo conjeturas con respecto a la majestad divina.

Cuando trates el tema de la justificación, y te pongas a disputar contigo mismo cómo encontrarás al Dios que justifica y acepta a pecadores, dónde y de qué modo lo has de buscar, comprende que no hay ningún otro Dios fuera de este hombre, Jesucristo. Abrázalo y aférrate a él con todo tu corazón, poniendo a un lado todas las conjeturas respecto a la majestad divina. Pues el que escudriña la majestad de Dios, será vencido por su gloria. Lo digo por experiencia propia. Pero estos espíritus vanidosos que quieren comportarse así con Dios, excluyen al Mediador, y no me creen. Cristo mismo dijo, “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre sino por mí” (Juan 14:6). Por tanto, aparte de este camino, Cristo, no encontrarás camino alguno al Padre, sino andarás errante. No tendrás certeza, sino hipocresía y mentiras. No tendrás vida, sino muerte

eterna. Por tanto en cuanto a la justificación, tenlo claro que cuando alguno de nosotros tenga que luchar contra la ley, el pecado, la muerte, y todo otro mal, no hay ningún otro Dios en quien fijarnos, sino solo en este Dios, encarnado y revestido con la naturaleza del hombre.

Sin embargo, cuando no se trate de la justificación, cuando tengas que disputar con judíos, turcos, papistas, herejes, etc., tocante al poder, la sabiduría, y la majestad de Dios, entonces pon todo tu ingenio y empeño hacia ese fin. Tendrás que profundizar en este campo con toda la sutileza que puedas, pues entonces estarás en otro tema. Pero en cuanto al tema de la conciencia, de la justicia y de la vida y cómo se contrarresta a la ley, al pecado, a la muerte, y al diablo hay que marcar la diferencia. En el tema de la satisfacción divina, la remisión de los pecados, de la reconciliación, y de la vida eterna, debes retirar toda cavilación de tu mente y dejar de conjeturar respecto a la majestad de Dios. Tienes que mirar solo a este hombre Jesucristo. Él se presenta ante nosotros como mediador. Nos dice, “Venid a mí, todos los que estáis cansados y cargados, y yo os haré descansar” (Mateo 11:28). Sí así lo haces, te darás cuenta del amor, la bondad, y la dulzura de Dios. Verás su sabiduría, poder, y majestad adecuadamente endulzada y templada a tu capacidad de comprender. Hallarás que en esta agradable contemplación está la verdad de Pablo a los colosenses: “Cristo, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento”. Y también “Porque toda la plenitud de la Deidad reside corporalmente en Él” (Colosenses 2:3,9). El mundo ignora esto, y escudriña la voluntad de Dios, pone a un lado la promesa en Cristo, y se destruye a sí mismo. “Nadie conoce al Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar” (Mateo 11:27; Juan 10:15).

Esta es la razón por la que frecuentemente Pablo vincula a Jesús con Dios el Padre, a fin de enseñarnos lo que es la verdadera religión cristiana. Pues ésta no comienza en lo más alto, como en otras religiones, sino en el lugar más bajo. Nos pide que subamos por la escalera de Jacob, en la que el mismo Dios se apoya, y cuyos pies tocan la misma tierra, a la cabecera de Jacob (Génesis 28:12).

Por tanto, cuando estés pensando en tu propia salvación, pon a un lado toda conjetura respecto a la majestad inescrutable de Dios. No caviles en las obras, tradiciones, filosofías, ni en la ley de Dios. Más bien, corre sin desviarte hacia el pesebre, abraza a este infante, toma al recién nacido de la virgen en tus brazos. Fíjate en él tal cual nació, amamantando, creciendo, conversando entre los hombres, enseñando, muriendo, resucitando, ascendiendo a los más altos cielos, y ejerciendo poder sobre todas las cosas. De esta manera podrás sacudirte de todo horror y error, como el sol disipa la neblina. Esta contemplación te mantendrá en el camino recto, para que puedas seguir a Cristo en su camino. Por tanto, Pablo, al desear gracia y paz no solo de Dios Padre, sino también de Jesucristo, enseña primeramente que debemos abstenernos de conjeturas respecto a la divina majestad. Pues ningún hombre ha conocido a Dios. Escucha a Cristo. Él está en el regazo del Padre, y él nos declara su voluntad, pues ha sido designado por el Padre como nuestro maestro, a fin de que todos escuchemos su voz (Juan 8:18).

El otro tema que Pablo enseña aquí, es la confirmación de nuestra fe, “que Cristo es Dios de Dios”. Tales frases como ésta, respecto a la deidad, se han de sumar y recalcar con diligencia. Se han de usar no solo contra los arrianos y otros herejes, que hayan sido o serán, sino también para confirmarnos en la fe. Pues Satanás no dejará de poner en tela de juicio todos los artículos de nuestra fe antes que muramos. Él es el más acérrimo enemigo mortal de nuestra fe, pues sabe que esta es la victoria que vence al mundo (1 Juan 5:4). Por tanto, la labor que está en nuestras manos es afianzar nuestra fe. Además, aumentarla y fortalecerla diligentemente mediante el ejercicio constante en la palabra y oración ferviente, para que podamos resistir a Satanás.

Que Cristo es Dios mismo, se declara expresamente, pues Pablo le atribuye las mismas cosas por igual que atribuye al Padre. A saber, ejercer potestad divina, dador de la gracia, perdonar los pecados, conceder paz en la conciencia, vida, victoria sobre el pecado, la muerte, el diablo, y el infierno. Ninguna de estas cosas le serían lícitas, de hecho sería sacrilegio si las hiciera, sino fuera el mismo Dios, de acuerdo a lo dicho, “A otro no daré mi gloria” (Isaías 42:8). Nuevamente: Nadie puede dar a otros lo que no es suyo. Pero viendo que Cristo otorga gracia, paz, y el Espíritu Santo, libra del poder del diablo, del pecado, y de la muerte, ciertamente tiene poder infinito y divino, igual en todo aspecto al poder del Padre.

Ni es que tampoco Cristo concede gracia y paz como los apóstoles. Ellos otorgaron estas dádivas mediante la predicación del Evangelio. Pero Cristo da gracia y paz por ser su Autor y Creador. El Padre crea y da vida, gracia, paz, y todo buen don. Son las mismas cosas que el Hijo crea y da. Dar gracia, paz, vida eterna, perdón de pecados, justificar,⁹ vivificar, librar de la muerte y del diablo, no son las obras de criatura alguna, sino solamente de la Divina Majestad. Los ángeles ni pueden crear ni dar estas cosas. Por tanto, estas obras competen solo a la gloria de la soberana Majestad, el Creador de todas las cosas. Viendo que Pablo atribuye el mismo poder de crear y dar todas estas cosas a Cristo y al Padre por igual, prosigue que Cristo es Dios de Dios por naturaleza.

Juan expone muchos argumentos iguales donde se comprueba y concluye por las obras que se atribuyen al Hijo como al Padre, que la deidad del Padre y del Hijo es una sola. Por tanto, los dones que recibimos del Padre y los que recibimos del Hijo, son todos una sola misma unidad. Pues de otra manera Pablo hubiera dicho, Gracia de Dios Padre, y paz de nuestro Señor Jesucristo. Pero al entretenerlos, los atribuye por igual, tanto al Hijo como al Padre. Les advierto con diligencia de este asunto, pues hay un peligro. Surgen tantos errores, y hay tan gran variedad de confusión de sectas, que arrianos, eunomianos, macedonios, y otras herejías que pudieran perjudicar a las iglesias con sus sutilezas.

De hecho, los arrianos eran personajes astutos y sutiles. Concedían que Cristo tenía dos naturalezas. Que él es llamado “Dios de Dios”, aunque en nombre solamente. Cristo, decían ellos, es una criatura lo más noble y perfecta, superior a los ángeles, por quien Dios prosiguió a crear cielo y tierra, y todas las cosas. Mahoma de la misma manera

⁹ *iustificare*. Watson incorrectamente traduce “make righteous,” “hacer justos”.

honra a Cristo con sus palabras. Pero todo esto no es nada más que una buena imaginación. Son palabras agradables y probables que apelan a la razón humana. Con tales cosas los espíritus fanáticos engañan a los hombres, a menos que estén apercebidos.

Sin embargo, Pablo habla de Cristo de otra manera. “Ustedes (dijo él) están arraigados y establecidos en esta doctrina, que Cristo no solo es una criatura perfecta, sino Dios mismo, que hace las mismas cosas que hace Dios el Padre”. Él hace las obras divinas no de una criatura sino del Creador, pues él da gracia y paz. Tener la potestad de darlas, es condenar al pecado, vencer la muerte, y hollar al diablo bajo pies. Ningún ángel puede dar estas cosas. Pero viendo que se atribuyen a Cristo, prosigue que él es Dios en su misma naturaleza.

VERSÍCULO 4. *Que él mismo se dio por nuestros pecados.*

Pablo aprovecha todas las maneras y palabras para promover el tema de esta epístola. Él solamente tiene a Cristo en su boca. Por tanto, cada palabra contiene fervor de espíritu y vida. Observen cuan bien expresa su propósito. Pablo no dice, que “Él mismo recibió nuestras obras de nuestras manos”. Ni tampoco que recibió el sacrificio de la ley de Moisés, ni adoraciones, ni religiones, ni misas, ni votos, ni peregrinajes. Sino que “Él mismo dio”. ¿Dio qué? No fue ni oro, ni plata, ni corderos de pascua, ni un ángel, sino a sí mismo. ¿Para qué? No por una corona, ni por un reino, ni por nuestra santidad, ni justicia, sino “por nuestros pecados”. Estas palabras son como tantos truenos de protesta desde el cielo contra toda clase y tipo de justicia propia. Igualmente dice Juan: “He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”. Por tanto debemos prestar atención a cada palabra de Pablo. No hay que limitarlas ni pasarlas por alto. Están repletas de consuelo para afirmar a toda conciencia temerosa.

Sin embargo, ¿cómo podemos obtener la remisión de pecados? Pablo responde: “El hombre llamado Jesucristo, el Hijo de Dios se dio a sí mismo por nuestros pecados”. Estas son excelentes palabras consoladoras. Son las mismas promesas de la ley antigua, que nuestros pecados no son quitados por ningún otro medio sino solo por el Hijo de Dios entregado hasta la muerte. Con esta pólvora y artillería debe destruirse el Papado, y todas las religiones de los paganos, todas las obras, los méritos y las ceremonias supersticiosas. Pues si nuestras propias obras, méritos, propiciaciones quitaran nuestros pecados, ¿para qué entonces se entregó el Hijo de Dios por ellos? Pero viendo que Él se entregó por nuestros pecados, prosigue que no los podemos quitar mediante nuestras propias obras.

Nuevamente, esta declaración pone en manifiesto, que nuestros pecados son tan grandes, tan infinitos e invencibles, que es imposible que ser humano alguno pudiera proveer satisfacción ni por uno de ellos. Ciertamente la grandeza del precio de rescate, Cristo el Hijo de Dios que se entregó por nuestros pecados, demuestra que está muy fuera de nosotros dar satisfacción por el pecado o dominarlo. La fuerza y el poder del pecado se magnifica con estas palabras: “Quien se dio a sí mismo por nuestros pecados”. Por tanto, que se haga notorio el precio infinitamente inmenso que se tuvo que pagar por el pecado. No había medio alguno que pudiera quitarlo sino que el mismo Hijo de Dios tendría que entregarse a sí mismo por el pecado. El que considera estas cosas a fondo, comprende

que esta palabra *pecado* abarca toda la ira eterna de Dios y todo el reino de Satanás. Ciertamente debiera estremecernos con temor. Pero somos descuidados, y tomamos el pecado muy a la ligera, como si fuera una nonada. Pero de por sí tiene el aguijón y causa el remordimiento de conciencia. No obstante pensamos que pesa tan poco que con solo una pequeña obra o algún mérito, lo podemos quitar.

Sin embargo, la siguiente declaración da testimonio, “que todo ser humano es esclavo y siervo del pecado”, y como dijera Pablo en otro lugar, “vendidos al pecado”, (Romanos 7:14). El pecado es el tirano más cruel y poderoso sobre todos los hombres. No puede ser vencido por el poder de criatura alguna, sea ángel o ser humano. Solo puede ser vencido por el poder soberano e infinito de Jesucristo, que se entregó a sí mismo por el pecado.

Aún más, esta declaración anuncia a toda conciencia aterrorizada por la grandeza de sus pecados, un consuelo único. Pues aunque el pecado sea un tirano invencible, ya que Cristo lo ha vencido por su muerte, todo el que cree en Él no puede ser abatido. Además, si tomamos esta fe como nuestra arma, y con todo el corazón nos aferramos a este hombre Jesucristo, se abre una luz, y se nos concede un sano juicio para juzgar con toda certeza y libertad todo tipo de vida. Pues cuando escuchamos que el pecado es tal tirano invencible e incontrolable, podemos inferir el resultado de toda otra doctrina. De tal modo que los papistas, monjes, monjas, sacerdotes, mahometanos, anabaptistas, y todos los que confían en sus propias obras, proponiéndose abolir y vencer el pecado por sus propias tradiciones, obras preparatorias, satisfacciones, etc., son sectas impías y dañinas. Desfiguran y del todo oscurecen la gloria de Dios pero nuestra causa avanza y se establece.

Hay que sopesar cuidadosamente cada palabra de Pablo y recalcar en particular el pronombre *nuestros*. El efecto consiste en relacionar bien los pronombres, esto lo encontramos en las Escrituras frecuentemente con gran vehemencia y poder. Se te haría fácil decir y creer que Cristo el Hijo de Dios fue dado por los pecados de Pedro, Pablo, y de otros santos. A ellos los consideramos dignos de esta gracia. Pero es algo muy difícil que tú creas que es para ti, pues te consideras indigno de esta gracia. “¿Cómo?”, dirás, “¿Qué Cristo fue dado por mis pecados invencibles, infinitos, y horribles?” Por tanto, comúnmente sin el uso del pronombre, es tema fácil magnificar y ampliar el beneficio de Cristo, que Cristo fue dado por los pecados, pero por los pecados de otros hombres, que lo merecían. Pero cuando se trata de ponerle a esto el pronombre *nuestros*, nuestra débil naturaleza y la razón, dan marcha atrás, y no se atreven acercarse a Dios. La naturaleza humana no puede creer la promesa que tan grande tesoro se daría libremente por ella, y por tanto no quiere tener nada con Dios, a menos que primeramente se purifique hasta estar sin pecado. Por eso, aunque alguien lea o escuche este edicto: “Que se dio a sí mismo por nuestros pecados,” u otros semejantes no lo relaciona consigo mismo, sino que lo atribuye a otros que piensa lo merecen por ser santos. Pero en cuanto a sí mismo se esperará hasta que sea digno por sus propias obras.

Esto no es nada más que el vano deseo de la razón. ¡Cuánto quisiera la razón igualar el poder del pecado y ponerlo al alcance de su propia imaginación! Los hipócritas, ignorantes de Cristo, aunque sienten remordimiento por el pecado, piensan que de veras y

a pesar de su pecado, podrán fácilmente quitárselo por medio de sus buenas obras y méritos. Secretamente, en sus corazones, piensan que estas palabras “que se dio a sí mismo por nuestros pecados,” fueron tan solo dichas en humildad. Que sus pecados en sí no tienen sustancia ni verdad, sino que son asuntos de poca importancia. Resumiendo, la razón humana se atreve a presentarle a Dios un pecador fingido y falsificado, que no le tiene miedo al pecado ni que tampoco lo siente. Le presentaría a Dios un pecador sano que no tiene necesidad de médico, y cuando ya no sienta el pecado, es cuando entonces va a creer que Cristo fue dado por nuestros pecados.

Todo el mundo ha quedado tocado así. Particularmente los que quieren darse por más justos y santos que los demás, como los monjes y los justicieros. Éstos, con sus bocas confiesan que son pecadores, que a diario pecan, pero no son tantos y tan grandes que no puedan quitárselos por sus propias obras. Como si fuera poco, traerán su propia justicia y obras meritorias al tribunal de Dios exigiendo la recompensa de la vida eterna a mano del Juez. Mientras tanto, ya que pretenden gran humildad pues no son tan engreídos que se consideran totalmente libres de pecado, fingen ciertos pecados. Claman que para obtener perdón por esos pecados podrían orar con la devoción del publicano, “¡Dios, ten piedad de mí, un pecador!” (Lucas 18:13). Para ellos, estas palabras de San Pablo “por nuestros pecados” les parecen pocas y pequeñas. Por tanto, ni las entienden, ni en la tentación cuando de veras sienten el pecado, pueden hallar consuelo en ellas, sino que se sumen en la desesperanza.

Entonces este es el conocimiento principal y la verdadera sabiduría de los cristianos: “Que Cristo fue entregado a muerte no por nuestra justicia ni santidad, sino por nuestros pecados”. Estos pecados son ciertamente verdaderos, son grandes y muchos, infinitos e invencibles. Son “veraces, eficaces, y de gran importancia”. Por tanto no piensen que son pequeñeces, y como tales pueden borrarse con sus buenas obras. Tampoco caigan en la desesperanza por la grandeza de ellos cuando se sientan abrumados por ellos, en la vida o en la muerte. Pero aquí aprendan de Pablo a creer que Cristo fue dado, no por pecados fingidos o pecados de acuarela,¹⁰ ni por naderías, sino por grandes y enormes pecados. No por uno ni dos, sino por todos. No por pecados vencidos (pues ni hombre ni ángel puede vencer el más mínimo pecado) sino por pecados invencibles. Y a menos que te cuentes entre los que digan “nuestros pecados”, es decir que tengan esta doctrina de la fe, y enseñes, escuches, aprendas, ames, y creas la misma, no hay salvación para ti.

Por tanto esfuérzate con diligencia para que no solo fuera de la hora de la tentación sino también en medio del momento y del conflicto con la muerte tengas esta fe. Cuando tu conciencia esté toda atemorizada con el recuerdo de tus pecados pasados. Cuando el diablo arremete contra ti con gran violencia. Cuando procura hundirte con oleajes, diluvios, y mares enteros de pecados para aterrarte, para retirarte de Cristo, y hundirte en la desesperanza, es cuando yo digo, que bien puedes decir con segura confianza: Cristo, el Hijo de Dios, fue dado no por los justos y santos, sino por los injustos y pecadores. Si yo fuera justo, y no tuviera pecado, no fuera necesario que Cristo sea mi Reconciliador.

¹⁰ *fictis aut pictis* HC].

¿Por qué, entonces, santurrón de Satanás,¹¹ procuras que me haga santo, y que busque justicia en mí mismo, cuando en realidad, en mí no tengo nada más que pecados, y los más espantosos?

No son pecados fingidos ni tampoco son pequeñeces. Son pecados contra la primera tabla: gran infidelidad, dudas, desesperanza, despreciar a Dios, odio, ignorancia, blasfemar a Dios, ingratitud, abusar el nombre de Dios, negligencia, desprecio propio, desprecio por la palabra de Dios, y tales. Aun más, quedan los pecados carnales contra la segunda tabla: deshonrar a los padres, desobedecer a los magistrados, codiciar los bienes del prójimo, su mujer, y tales. No obstante, estos últimos son leves comparados a los primeros. Reconozco que yo no he cometido asesinato, ni fornicación, robo, y tales otros pecados de la segunda tabla. Pero de hecho, los he cometido en mi corazón. Por tanto, soy transgresor de todos los mandamientos de Dios. La multitud de mis pecados es tan grande que no tiene cuenta: “pues mis pecados son más que la arena del mar”.

Además, Satanás es un malabarista tan diestro que le da la vuelta a mi justicia y buenas obras y las convierte en pecado. Tanto así, que mis pecados son tan pesados, infinitos, horribles e invencibles, que mi justicia no hace nada más sino estorbarme ante Dios. Por eso, “Cristo, el Hijo de Dios fue entregado a la muerte por ellos, para quitarlos, y así salvar a todos los que creen”. Así es como se efectúa la salvación eterna. Que estas palabras se tomen por eficaces, verdaderas, y de gran importancia. Y no es por nada que lo digo. Por experiencia propia he comprobado lo difícil que es creer diariamente (cuando la conciencia está en conflictos, particularmente), “que Cristo fue entregado,” no por los santos, justos, dignos, como fueron sus amigos. Sino que él fue entregado por perversos pecadores, por los indignos, por sus enemigos, los que han merecido la ira de Dios y la muerte eterna.

Por tanto, armados con estas y similares declaraciones de las Sagradas Escrituras, podemos responder al diablo cuando nos acusa, “Eres un pecador, por tanto estás condenado”. Respondamos así, “Dices que soy pecador, por tanto seré justificado y salvo”. “No,” dice el diablo, te perderás”. “No,” respondo yo, “pues me refugio en Cristo, que se entregó a sí mismo por mis pecados. Por tanto, Satanás, no prevalecerás contra mí. Pues te propones aterrarme, agobiándome con la grandeza de mis pecados, y oprimirme con pesadumbre, desconfianza, desesperanza, odio, desprecio, y blasfemas contra Dios. Pues quiero que sepas que cuando dices que yo soy un gran pecador, me entregas armadura y armas contra ti. Pues con tu propia espada te degollaré, y te pisotearé, porque Cristo murió por pecadores. Aun más, tú me predicas de la gloria de Dios. Pues me haces recordar el amor paternal de Dios hacia mí, un pobre y desgraciado pecador. ‘Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él crea, no se pierda, mas tenga vida eterna’ (Juan 3:16). Y cada vez que protestas que yo soy un pecador, de igual manera me harás recordar el beneficio que me pertenece en Cristo mi Redentor. Pues sobre sus hombros, y no sobre los míos, fueron cargados todos mis pecados, pues el Señor ‘cargó en él la iniquidad de todos nosotros’, y ‘por la rebelión

¹¹ *in modum sancte Satan HC*].

de mi pueblo fue herido' (Isaías 53:6,8). Por tanto, cuando dices que soy un pecador, no me afliges, sino que me consuelas sin medida”.

El que sepa usar esta astucia podrá fácilmente evitar toda maquinación y artimaña del diablo. Pues él empuja a los hombres a la desesperanza recordándoles sus pecados. Por ese medio trata de destruirlos, a menos que sea resistido con esta astucia y sabiduría celestial. Solamente así se puede vencer al pecado, la muerte, y al diablo. Pero el que no deshace de su memoria el pecado, sino que sigue atormentándose con sus cavilaciones, piensa que podrá salir a su propio auxilio con sus propias fuerzas y estrategias. De otra manera, se esperará hasta que su conciencia se tranquilice. Pero al fin caerá en las trampas de Satanás, afligido como un miserable, vencido por la tentación sin tregua, pues el diablo jamás dejará de acusarlo en la conciencia.

Contra esta tentación debemos usar estas palabras de San Pablo, en las cuales define con certeza y verdad a Cristo: “Cristo es el Hijo de Dios, y de la virgen, entregado, y muerto por nuestros pecados”. Si el diablo te alega cualquier otra definición de Cristo, dile, “La definición y lo que defines es falso. Por tanto, no la acepto”. Sé de lo que hablo. Pues conozco lo que me mueve con fervor para que aprendamos a definir a Cristo con las palabras de Pablo. Pues Cristo no es ningún verdugo, sino el que perdona los pecados del mundo. Si eres pecador (como de por cierto lo somos todos), no pongas a Cristo como una imagen de juez en su tribunal sobre el arco iris. Si lo haces te aterrará y perderás las esperanzas en su misericordia. Mas bien aférrate a su verdadera definición, que Cristo el Hijo de Dios y de la virgen; no es una persona que nos aterra, aflige, y condena por nuestro pecado. Tampoco exige que rindamos cuentas por nuestra vida del pasado. Sino que él mismo se ha dado por nuestros pecados, y con un solo sacrificio ha quitado los “pecados de todo el mundo” (Colosenses 2:14). Los ha colgado sobre la cruz, y por sí solo los ha liquidado.

Aprendan esta definición con diligencia. En particular, practiquen el uso de este pronombre *nuestros*. Tengan toda la confianza que estas sílabas devoran todos sus pecados. Pueden saber con toda confianza que Cristo ha quitado los pecados, no solo de ciertos hombres, sino también de ti, y de todo el mundo. Entonces que tus pecados no sean solo pecados, sino los tuyos propios. Puedes creer que Cristo no fue dado solo por los pecados de otros, sino también por los tuyos. Sujeta esto sin soltarlo. No permitas que te alejen de esta más dulce definición de Cristo, por la cual se regocijan hasta los mismos ángeles del cielo. De acuerdo a la debida y verdadera definición de Cristo, él no es ningún Moisés, ningún legislador, ningún tirano. Él es el mediador por los pecados. Él es el dador de la gracia, de la justicia, y de la vida. Él se entregó, no por nuestros méritos, santidad, justicia, y vida piadosa. Se entregó por nuestros pecados. Ciertamente Cristo interpreta la ley, pero esa no es su función asignada ni principal.

De estas cosas, y de las palabras en particular, podemos hablar ampliamente ya que las conocemos. Pero en la práctica, y en el conflicto, cuando el diablo anda merodeando para desfigurar a Cristo, y quitarnos la palabra “gracia” del corazón, todavía no las comprendemos bien, como debiéramos. Cuando llega esa hora, el que puede definir a Cristo como corresponde, el que lo puede ensalzar y mirarlo como su más dulce Salvador

y Sumo Sacerdote (no como un exigente juez), tal persona ha vencido todo mal, y vive como si ya estuviera en el reino de los cielos. Pero lograr esto en medio del conflicto, es de lo más difícil. Hablo por experiencia propia. Pues sé de las artimañas del diablo. En el conflicto, él sale a infundirnos temor con los terrores de la ley. Así como de una semilla salen muchas vigas, así él de algo que no es pecado lo convierte en un verdadero infierno. Pues es muy astuto para engrandecer el pecado. Hasta las buenas obras las infla en la conciencia. Pero también se deleita en atemorizarnos con la misma persona del Mediador, pues así se disfraza. Expone delante de nosotros cierto texto de las Escrituras, o palabras de Cristo. Con éstas punza nuestros corazones. Se manifiesta como si fuera Cristo mismo, dejándonos paralizados cavilando en eso. Nuestra conciencia hasta pudiera jurar que es el mismo Cristo con cuyas palabras el diablo acusa. Aun más, tal es la sutileza del enemigo, que no nos presenta a Cristo en su plenitud. Él nos presenta un solo aspecto de Cristo. Puede ser que sea el Hijo de Dios, y del hombre nacido de virgen. Y por allí le remienda otra cosa, algún dicho de Cristo, con el cual aterra a los pecadores impenitentes, como el de Lucas 13: “Todos ustedes perecerán, a menos que se arrepientan”. De esa manera con su veneno él corrompe la verdadera definición de Cristo. Aunque creemos que Cristo es el verdadero mediador, el diablo nos aflige la conciencia haciéndonos sentir y creer que Cristo es un tirano y juez. Por tanto, una vez que el diablo nos engaña, perdemos de vista a Cristo, nuestro dulce Sumo Sacerdote y Salvador. Una vez que estamos así de perdidos, lo rehuimos como si fuera el mismo diablo.

Por esta razón les suplico fervorosamente que aprendan la verdadera definición de Cristo comenzando con estas palabras de Pablo, “Que se dio a sí mismo por nuestros pecados”. Si se entregó a la muerte por nuestros pecados, entonces sin duda alguna no es ningún tirano o juez que nos condenará por ellos. Él no aplasta a los afligidos sino levanta a los caídos. Él es un misericordioso alentador y consolador de los cansados y cargados de corazón. De otra manera Pablo mentiría cuando dice, “se entregó a sí mismo por nuestros pecados”. Si defino a Cristo de esta manera, lo hago debidamente, y me aferro al verdadero Cristo, y con toda confianza me pertenece. Estando aquí dejo pasar todas las conjeturas curiosas de la majestad divina, y me quedo con la humanidad de Cristo, y así aprendo ciertamente a conocer la voluntad de Dios. Aquí no tengo temor alguno, sino toda dulzura, gozo, paz en la conciencia, y otras iguales. Aquí me brilla una luz que me alumbra el verdadero conocimiento de Dios, de mí mismo, de toda criatura, y de toda la iniquidad del reino del diablo. No enseñamos cosas nuevas, sino que repetimos lo establecido en la antigüedad, las enseñanzas de los apóstoles y de todos los piadosos antes de nosotros. Ojalá las pudiéramos enseñar y establecer de tal modo que no solo estén en nuestra boca, sino también fundamentadas en lo más profundo de nuestro corazón. Así las podremos usar en la aflicción y en el conflicto de la muerte.

VERSÍCULO 4. Para librarnos de este presente siglo malo.

Con estas palabras Pablo adelanta más eficazmente el argumento de esta epístola. Todo este mundo temporal, lo que ha sido, lo que es, y lo que será, lo llama “este presente siglo”. De esta manera coloca una diferencia entre este mundo y el mundo eterno por venir. Además lo llama “malo”, porque está sujeto a la perversidad del diablo que reina sobre el mundo entero. Por esta causa el mundo es el reino del diablo. Pues en él, no hay

nada más que ignorancia, desprecio, blasfemia, odio a Dios, y desobediencia contra todas las palabras y obras de Dios. Estamos en y bajo este reinado terrenal.

Nuevamente pueden ver que nadie es capaz, ni por sus obras ni fuerza propia, quitarse el pecado, porque este siglo actual es malo, como dijera San Juan, “el mundo entero está bajo el maligno” (1 Juan 5:19). Por tanto todos los que están en el mundo son esclavos del diablo, obligados a servirle, y hacer todas las cosas según su agrado.

¿Para qué entonces, establecer tantas órdenes religiosas con el fin de abolir el pecado? ¿Por qué inventarse tantas obras grandes y extremadamente dolorosas? ¿Para qué vestirse de cilicio, flagelarse hasta que corra la sangre? ¿Para qué los peregrinajes a Santiago enjaezados con arreos, y tales cosas? Aunque hagas todas estas cosas, y a pesar que sean ciertas, estás en este presente siglo malo, y no en el reino de Cristo. Y si no estás en el reino de Cristo, de seguro entonces que perteneces al reino de Satanás, el cual es este presente mundo malo. Por eso, todos los dones que disfrutes, sean del cuerpo o de la mente, como sabiduría, justicia, santidad, elocuencia, poder, belleza, y riquezas, son solo los opulentos instrumentos del diablo. Con todos estos estás bajo obligación de servirle, y avanzar su reino.

Primero, con tu conocimiento oscureces la sabiduría y el conocimiento de Cristo. Con tu impía doctrina, los desvías del camino, de tal modo que no pueden llegar a la gracia y al conocimiento de Cristo. Despliegas y alabas tu propia justicia y santidad. Pero la justicia de Cristo, la única por la que somos justificados y vivificados, odias y condenas como impía y diabólica. En resumen, con tu poder destruyes el reino de Cristo, y con el mismo poder¹² abusas para desarraigar el Evangelio, para perseguir y matar a los ministros de Cristo, y a todos los que le prestan atención. Por tanto, si no tienes a Cristo, esta tu sabiduría se te cuenta por doble necesidad. Tu justicia se cuenta por doble pecado e impiedad, porque desconoce la sabiduría y la justicia de Cristo. Aun más, oscurece, estorba, blasfema y persigue a esa justicia. Por tanto Pablo certeramente lo llama el siglo malo o impío. Porque cuando este mundo está en su mejor momento, es cuando está en su peor situación. En cuanto a los religiosos, los hombres sabios y estudiados, el mundo los cuenta como lo mejor que tiene. No obstante, por eso mismo, se le cuenta por doble maldad. Paso por alto los vicios crasos contra la segunda tabla, como desobediencia a los padres, a los magistrados, los adulterios, fornicaciones, codicias, robos, asesinatos, violencias. El mundo se ahoga en estas cosas. No obstante, son faltas leves comparadas a la sabiduría y justicia del mundo, porque éstas batallan contra la primera tabla. Este diablo blanco obliga a los hombres a cometer pecados espirituales para luego venderlos por justicia. Este diablo blanco es más peligroso que el diablo negro, que solo los obliga a cometer pecados carnales, los que el mismo mundo reconoce como pecados.

Por estas palabras, “para librarnos,” Pablo señala el argumento de su epístola: que necesitamos de la gracia de Cristo. Ninguna otra criatura, sea humana o angelical, puede librar al ser humano de este presente siglo malo. Porque estas obras solo pertenecen a la divina majestad, y no están bajo la potestad de ningún otro, sea humano o ángel. Cristo

¹² i.e., tu poder.

ha quitado el pecado, y nos ha librado de la tiranía y el reino del diablo. Es decir, nos ha librado de este siglo malo, el cual es por voluntad propia, siervo obediente del diablo, su dios. Todo lo que el homicida y padre de mentiras haga o diga, el mundo como su más fiel y obediente hijo, sigue y cumple al pie de la letra. Por tanto, está repleto de la ignorancia de Dios, de odio, mentiras, errores, blasfemia, y desprecio a Dios. Además, está colmado de pecados crasos como asesinatos, adulterios, fornicaciones, robos, atracos, y tales porque conoce a su padre el diablo, que es un mentiroso y asesino. Y cuanto más sabios, santos y piadosos que sean los hombres sin Cristo, tanto más agravan al Evangelio. Así también nosotros, antes éramos hombres religiosos, doblemente inicuos porque estábamos en el Papado, antes que nos iluminara el conocimiento del Evangelio de Cristo, a pesar que vivíamos disfrazados de lo que parecía la verdadera piedad y santidad.

Entonces que las palabras de Pablo permanezcan, pues son ciertamente veraces y eficaces. No son matizadas ni falsificadas, “este presente siglo es malo”. No te dejes perturbar porque en un sinnúmero de hombres hay excelentes virtudes, y que en los hipócritas hay un gran teatro de santidad. Pero fíjate más bien en lo que dice Pablo. Tomando sus palabras con toda osadía y libertad pronuncia sentencia contra el mundo. Pues el mundo con toda su sabiduría, poder y justicia, es tan solo el reino del diablo: del cual solo Dios nos puede librar mediante su Hijo Unigénito.

Por tanto, adoremos a Dios el Padre, dándole gracias por esta su inmensurable gracia, que nos ha librado del reino del diablo. Por su Hijo nos libró, siendo nosotros cautivos, y nos era imposible lograr nuestra libertad por nuestra propia fuerza. Reconozcamos con Pablo que “todas nuestras obras y justicia,” (con lo que el diablo no agacharía la cabeza ni un pelo), no es nada más que “pérdida y estiércol”. También hollemos bajo pie, y detestemos por entero todo el poder de los que encumbran el libre albedrío, la justicia y sabiduría farisaica, todas las órdenes religiosas, todas las misas, ceremonias, votos, ayunos y cosas parecidas (Filipenses 3:8) como un trapo de lo más inmundo¹³ (Isaías 54:6), pues es el veneno más mortífero del diablo. Al contrario, exaltemos y magnifiquemos la gloria de Cristo, que no solo nos rescató sino que con su muerte nos salvó de este mundo malo.

Entonces cuando Pablo usa esta palabra, *malo*, señala que el reino del mundo o del diablo, es el reino de la maldad, de la ignorancia, del error, del pecado, de la muerte, de la blasfemia, de la desesperación, y de la eterna condenación. Por otro lado, el reino de Cristo es el dominio de la equidad, la luz, la gracia, la remisión de pecados, la paz, la consolación, la salud vivificadora, y la vida eterna a la cual somos trasladados (Colosenses 1:13) por nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria, por todos los siglos sin fin. Amén.

Versículo 4. *Conforme a la voluntad de nuestro Dios y Padre.*

Aquí Pablo coloca ordenadamente cada palabra para que todas sin falta luchan a favor del artículo de la justificación contra los falsos apóstoles. Cristo, dice él, nos ha librado de

¹³ *foedissimum menstruatae pannum* (lit. ‘asquerosos trapos de menstruación’).

este reino malo del diablo, y del mundo. Lo ha logrado “conforme a la voluntad, el agrado, y el mandamiento del Padre”. Por tanto no somos librados por nuestra voluntad, o astucia, ni por nuestra propia sabiduría, ni estrategia.¹⁴ Dios es quien ha tenido misericordia de nosotros. Él nos ha amado, tal cual está escrito en otro lugar, “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que El nos amó a nosotros y envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados” (1 Juan 4:10). Que somos librados de este presente siglo malo es por pura gracia, y no porque lo merecemos. Pablo es tan abundante, tan vehemente al ampliar y exaltar la gracia de Dios, que afila y dirige cada palabra contra los falsos apóstoles.

También hay otra razón por la que Pablo aquí menciona la voluntad del Padre. Igualmente Juan en su Evangelio, al resaltar la obra de Cristo, nos deriva a la voluntad del Padre. Nos hace ver que al escuchar sus palabras y admirar sus obras no debemos fijarnos tanto en Él, sino en el Padre. Pues Cristo vino al mundo, tomando la naturaleza humana, a fin de presentarse como un sacrificio por los pecados de todo el mundo, y así somos reconciliados con Dios el Padre. De este modo, Cristo nos declara que todo se hizo mediante el beneplácito del Padre. Así, al fijar nuestros ojos en Cristo, somos atraídos y llevados expresamente al Padre.

Pues así como les he advertido, no debemos pensar que por andar de curiosos investigando la majestad de Dios podemos comprender lo que concierne a nuestra salvación. Este conocimiento proviene aferrándonos a Cristo, pues conforme a la voluntad del Padre, se ha entregado a sí mismo por nuestros pecados. Cuando reconozcas que ésta es la voluntad de Dios mediante Cristo, entonces cesa la ira, desaparece el temor y temblor. Tampoco hay ningún otro aspecto de Dios sino su misericordia, pues mediante el decreto de su consejo se dispuso que su Hijo muriera por nosotros, a fin de que pudiéramos vivir por él. Este conocimiento alegra el corazón, de tal modo que puede creer fielmente que Dios no está enojado, sino que tanto ama a los míseros pecadores que dio a su Hijo por nosotros. No es por nada entonces que Pablo con tanta frecuencia repite y machaca en nuestra cabeza, que Cristo fue dado por nuestros pecados, mediante el beneplácito del Padre. Por el contrario, ponerse a curiosear intrigados por la naturaleza de Dios y de sus temibles juicios, cómo fue que destruyó al mundo entero con el diluvio, cómo destruyó a Sodoma, y tales cosas, es muy peligroso, pues conlleva a la desesperación, y arroja a los hombres de cabeza a una destrucción fatal, como lo he mostrado anteriormente.

VERSÍCULO 4. *Nuestro Dios y Padre.*

Esta palabra *nuestro*, se relaciona a los dos, de tal modo que el significado sea este, “de nuestro Dios, y de nuestro Padre”. De tal modo que el Padre de Cristo, y nuestro Padre es uno mismo. Así mismo en Juan 20, Cristo dice a María Magdalena: “Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios”. Por tanto Dios es nuestro Padre y nuestro Dios, pero solamente mediante Cristo. Esta es una frase apostólica, y también es propia

¹⁴ Hoy tal vez Lutero diría “metodología” HC].

de Pablo. Aunque él no habla con palabras tan rebuscadas y afectadas, van muy al caso llenas de celo fervoroso.

VERSÍCULO 5. *Al cual sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.*

Los hebreos intercalaban sus escritos con expresiones de alabanza y gratitud. Esta particularidad es común en los hebreos y en los apóstoles. Con frecuencia la vemos en Pablo. El nombre del Señor se ha de tener en gran reverencia, y jamás se ha de nombrar sin alabanza y gratitud. Cuando hacemos esto, rendimos cierto tipo de adoración y culto a Dios. Por ejemplo, en asuntos terrenales, cuando mencionamos el nombre de reyes o príncipes, tenemos la costumbre de hacer alguna reverencia, así como doblar la rodilla. Cuánto más lo debemos hacer cuando hablamos de Dios, debemos doblar la rodilla de nuestro corazón, y nombrar el nombre de Dios con gratitud y gran reverencia.

VERSÍCULO 6. *Estoy maravillado.*

Pueden ver como Pablo trata a sus gálatas descarriados, viendo que habían sido seducidos por los falsos apóstoles. Al principio él no arremete contra ellos con palabras vehementes y ásperas. Más bien como un padre, no solamente los tolera en su desliz, sino que también en cierto modo los disculpa. Además les manifiesta cierto afecto maternal pues habla con ellos suavemente, pero de tal modo que al mismo tiempo los reprocha. No obstante lo hace con palabras muy apropiadas, atinadas sabiamente al caso. Al contrario, él expresa su ardor lleno de indignación contra los falsos apóstoles que los habían seducido, a quienes les echa toda la culpa. Por tanto, al principio de su epístola estalla con inconfundibles truenos y relámpagos contra ellos. “Si alguno,” dice, “os anunciare otro Evangelio del que os hemos anunciado, sea anatema”. Después, en el capítulo cinco, él amenaza a los falsos apóstoles con condenación. “El que os inquieta, llevará el juicio, quienquiera que él sea” (Gálatas 5:10). Pronuncia maldición sobre ellos con palabras temibles, diciendo, “Ojalá también se cortaran los que os inquietan”. Estas son réplicas de truenos contra la justicia de la carne o de la ley.

Pudiera haber lidiado con las gálatas con mayor descortesía. Pudiera haber injuriado con más aspereza: “Me avergüenzo de ustedes por haber dejado la verdad. Me duele que hayan sido tan ingratos conmigo. Estoy enojado con ustedes”. O también pudiera haber increpado contra ellos como en una tragedia, “¡Mundanos, descarados!”¹⁵ Pero ya que su propósito es levantar a los caídos, y con fervor paternal llamarlos a volver de su error a la pureza del Evangelio, él deja a un lado las palabras ásperas y rudas, especialmente al principio, de tal modo que se dirige a ellos con bondad y moderación. Pues viendo que su obra era sanar a los heridos, no convenía que agravara sus heridas poniendo un parche áspero y molesto lastimándolos aun más. Por tanto de todas las palabras dulces y mesuradas escoge la más apropiada al caso, “Estoy maravillado”. Con esta frase les indica que le dolía y desagradaba que ellos se habían apartado de él. Debemos seguir este ejemplo demostrando afecto hacia los descarriados, como padres hacia sus hijos. De esa manera podrán percatarse de nuestro afecto paternal y maternal hacia ellos, y puedan ver

¹⁵ *o secula, o mores HC*].

que no deseamos su destrucción sino su bienestar. Pero contra el diablo y sus ministros, contra los autores de la falsa doctrina y de las sectas, también debemos seguir el otro ejemplo del apóstol. Con ellos hay que manifestarnos impacientes, orgullosos, tajantes, amargos, detestando y condenando sus falsas artimañas y malabarismos con todo el rigor y la severidad posible. Así mismo los padres cuando un perro muerde a su hijo y lo lastima, persiguen al perro, pero al niño lo consuelan y le hablan tiernamente con las más dulces palabras.

Por tanto el espíritu que hay en Pablo tiene una astucia maravillosa para lidiar con las conciencias afligidas de los caídos. Al contrario, el Papa (pues lo conduce un espíritu maligno) estalla con violencia como un tirano, y emite sus truenos y maldiciones contra las conciencias afligidas y dolidas. Esta actitud es notoria en sus bulas, y particularmente en la bula tocante a la Cena del Señor. Los obispos ni en lo mínimo tampoco rectifican en el desempeño de su cargo. No enseñan el Evangelio, no tienen cuidado por salvar las almas de los hombres. Solo buscan el señorío y soberanía sobre ellos. Por tanto sus obras y habladurías tienen la finalidad de mantener y apoyar las mismas cosas. De igual manera están afectados sus eruditos y doctos vanagloriosos.

VERSÍCULO 6. *Tan pronto ustedes.*

Pablo se queja de lo fácil que es abandonar la fe. Al respecto, en otro lugar amonesta “El que piensa estar firme, mire que no caiga” (1 Corintios 10:12). Lo comprobamos a diario que la mente muy poco concibe y retiene una fe sana y perseverante. También con mucha dificultad se reúne a un pueblo perfeccionado para el Señor. Un hombre puede laborar con diligencia unos diez años hasta que levanta una pequeña Iglesia debidamente organizada en su doctrina. Y cuando ya la tiene así, se mete desapercibidamente un chiflado, digamos un idiota iletrado, y todo lo que hace es hablar calumnias y desprecios contra los predicadores sinceros de la verdad. En un momento echa todo por tierra. ¿Quién no va a resentirse con tal jugada tan impía e insolente?

Nosotros por la gracia de Dios, aquí en Wittenberg hemos logrado la forma de una Iglesia cristiana. Se enseña la palabra con pureza, se administran los sacramentos debidamente, hacemos oración por los gobernantes y los exhortamos. En breve, todo marcha prósperamente. Esta felicidad se nos acabaría tan pronto entrara un descabellado, y en un momento nos tiraría al suelo todo lo que nosotros con la obra de muchos años hemos construido. Esta misma fue la suerte de Pablo, la vasija escogida de Dios. Había ganado las iglesias de Galacia con gran esmero y labor. Pero poco tiempo después de su partida llegaron los falsos apóstoles y las derribaron, tal cual se atestigua en esta y otras epístolas. Tan grande así es la debilidad y la miseria de este siglo presente. De tal modo que caminamos en medio de las asechanzas de Satanás. Una sola cabeza fanática puede destruir y totalmente derrocar, en poco tiempo, todo lo que muchos verdaderos ministros, obrando día y noche, han levantado con la labor de los años. Esta es nuestra experiencia hoy en día con gran dolor. Aun así tampoco podemos remediar este enorme agravio.

Viendo entonces que la Iglesia es un objeto tan suave y frágil, pero tan fácilmente derribada, hay que vigilar con buena fe a estos espíritus fanáticos. Pues habiendo

escuchado unos dos sermones o habiendo leído una pocas páginas de las Sagradas Escrituras, ya se sienten maestros y señores de todos los educados e instruidos, y contrarian la autoridad de todos. Así se pueden encontrar hoy a tales hombres empíricos e insolentes por su osadía. Pues desconocen lo que es la tentación, ni han aprendido a temer a Dios, ni jamás han gustado ni sentido la gracia. Estos tales, ya que carecen del Espíritu Santo, enseñan lo que les cae bien, y las cosas que a la gente común más le agrada porque están dentro de su alcance. Luego la multitud descuidada, anhelando escuchar novedades, se les va juntando. Así también hay muchos que, teniendo un buen concepto de sí mismos en la doctrina de la fe, son expuestos a esta tentación y caen seducidos por ellos.

Pablo, por experiencia propia, nos enseña que las congregaciones logradas con gran labor pronto pueden ser derrocadas. Así también nosotros debemos vigilar con atención y cuidado particular contra el diablo que anda recorriendo por todos lados, no sea que mientras durmamos venga y siembre cizaña entre el trigo. Aunque los pastores siempre estén alerta y vigilando, siempre el rebaño cristiano está en peligro de Satanás. Pues Pablo (como dijera) con gran atención y diligencia había sembrado iglesias en Galacia, tan pronto sacó el pie de la puerta (como dicen), llegaron los falsos apóstoles engañando a algunos, cuya caída fue la gran ruina de las iglesias en Galacia. Esta pérdida tan súbita y grande, fue más amarga para el apóstol que la misma muerte. Por tanto vigilemos con esmero. Primero cada cual por sí mismo. Luego todos los maestros, no solo por ellos mismos, sino también por toda la Iglesia, para que no entremos en tentación.

VERSÍCULO 6. Me maravillo que tan pronto ustedes hayan abandonado.

Nuevamente él no usa una palabra cortante sino una palabra sumamente suave. Él no dice, “Me maravillo que tan pronto hayan abandonado, que son tan desobedientes, frívolos, inconstantes, ingratos, que ya se apartaron. Como si dijera, ustedes mismos no causaron el daño, pues fueron tolerantes; pero han sufrido, y han quedado perjudicados. Su intención es la de llamar a los descarriados. Por eso acusa a los causantes en vez de a los descarriados. No obstante, también muy moderadamente también los acusa, pues se queja que ellos hayan abandonado. Como si dijera: Aunque los abrazo con afecto paternal, sé que han sido engañados, no por culpa propia sino por culpa de los falsos apóstoles. Aun así me hubiera gustado que hubieran madurado un poco más en la fortaleza de la sana doctrina. No se aferraron fuertemente a la palabra, no se arraigaron lo suficiente en ella, y por eso con tan solo una ventisca se los llevó el viento. Como si dijera, “Tienen razón, gálatas, tanto en nombre como en los hechos, es decir que son caídos o llevados por el viento”. Algunos piensan que los alemanes descienden de los gálatas. No estarían muy lejos de la verdad. Pues los alemanes tienen cierto parecido. Yo también quisiera que mis compatriotas fueran más constantes y perseverantes. Pues en todas las cosas que hacemos, al principio lo hacemos con mucho fervor, pero luego cuando se va apagando el fuego de nuestro afecto, aflojamos. Luego con el mismo ímpetu que comenzamos las cosas, así mismo las dejamos, y al final las rechazamos.

Al principio cuando brilló la luz del Evangelio, después de tan grandes tinieblas por las tradiciones de los hombres, muchos fervorosamente se tornaron a la piedad. Hambrientos escuchaban los sermones y tenían a los ministros de la palabra de Dios en reverencia.

Pero ahora, cuando la religión se ha reformado con gran aumento en la palabra de Dios, muchos que antes eran fervorosos discípulos ahora tan solo condenan con su enemistad. Éstos no solo dejaron el estudio y el fervor por la palabra de Dios, sino también a sus ministros. También odian la buena enseñanza, y se convierten en meros cerdos, cuyo vientre es un dios, dignos (sin duda) de ser comparados con los insensatos y frívolos gálatas.

VERSÍCULO 6. Del que os llamó por la gracia de Cristo.

El significado del original es un tanto incierto, y por eso hay dos maneras de entenderlo. La primera es: “De que Cristo os ha llamado en la gracia”. La otra es: “De él,” es decir, de Dios que os ha llamado en la gracia de Cristo. Prefiero la primera porque me atrae debido a los argumentos de Pablo. Primero porque poco antes Pablo declara a Cristo el Redentor, que por su muerte nos libró de este mundo malo. También declaró a Cristo el dador de la gracia y paz igualmente con el Padre. Así también aquí lo declara como aquel que llama a la gracia. De estas maneras Pablo demuestra que su propósito particular es de machacar en nuestras mentes el beneficio de Cristo, por quien hemos llegado al Padre.

También hay en estas palabras, “del que os llamó en la gracia”, una gran vehemencia. Allí se manifiesta una relación contraria. Como si dijera, “¡Increíble! ¡Cómo se han dejado apartar de Cristo, aquel que los ha llamado, no como los llamó Moisés a la ley, a las obras, a los pecados, a la ira, a la condenación, sino a la plenitud de la gracia! De igual manera nosotros con Pablo nos quejamos de la ceguera y perversidad de los hombres. Es horrible, pues nadie recibe la doctrina de la gracia y de la salvación. O si hubiera alguno que la recibe, ¡cuán rápidamente recaen y la abandonan! No obstante es la que trae consigo todas las cosas buenas, en lo espiritual y corporal. A saber, el perdón de pecados, verdadera justicia, paz a la conciencia, y vida eterna. Aun más, trae luz y un juicio sano a todas las disciplinas y quehaceres de la vida. Aprueba y establece el gobierno civil, el gobierno del hogar, y todo tipo de vida ordenado y señalado por Dios. Saca de raíz todas las doctrinas del error, la sedición, la confusión, y tales. Deshace el temor al pecado y a la muerte. En breve, descubre todas las sutilezas y obras del diablo, abriendo los beneficios del amor de Dios en Cristo hacia nosotros. El mundo perjudica a todos por su odio a esta palabra, esta buena nueva de consuelo eterno, gracia, salvación, y vida eterna. ¿Por qué la persigue con tanto rencor y furia infernal?

Anteriormente Pablo llamó a este presente siglo malo e impío, es decir, el reino del diablo. De otro modo reconocería el beneficio y la misericordia de Dios. Pero ya que está bajo la potestad del diablo, por tanto lo odia y persigue despiadadamente. El mundo ama la oscuridad, los errores, y el reino del diablo más que la luz, la verdad y el reino de Cristo (Juan 3:19). Y no es por ignorancia o el odio, sino por la perversidad del diablo. Esto es patentemente claro pues Cristo, el Hijo de Dios, al entregarse a sí mismo hasta la muerte por los pecados de todo ser humano, no ha ganado nada de este mundo perverso y condenable. Por cambio de su inestimable beneficio, lo único que ha recibido es blasfemias, persecución de su palabra en donde hay salvación. Y si bien pudiera, el mundo otra vez lo clavaría colgado de la cruz. Por tanto no es que el mundo solamente mora en tinieblas sino que es la tiniebla misma, tal cual está escrito en primera de Juan.

Por tanto, Pablo se apoya en estas palabras: “De Cristo que los ha llamado”. Como si dijera, Mi predicación no trataba de las duras leyes de Moisés. Tampoco les enseñé que debían ser esclavos bajo el yugo. Pero prediqué solo la doctrina de la gracia y la libertad de la ley, el pecado, la ira, y la condenación. Diciéndoles, Cristo los ha llamado misericordiosamente a la gracia, a fin de ser libres bajo Cristo, y no esclavos bajo Moisés. Pero ustedes se han hecho esclavos nuevamente mediante los falsos apóstoles. Pues mediante la ley de Moisés, los han llamado a la ira, al repudio de Dios, al pecado, y a la muerte. Pero el llamado de Cristo trae gracia y salud salvadora. Porque a los que Él llama, en vez de llevarlos a la ley que obra tristeza, alcanzan las buenas nuevas del Evangelio. Son trasladados de la ira de Dios a su favor. Los saca del pecado y los coloca dentro de la justicia. Salen de la muerte a la vida. ¿Van a permitir que los aparten tan pronto y fácilmente por otro camino, lejos de la fuente de vida llena de gracia y vida? Y si Moisés convoca a los hombres a la ira de Dios, y al pecado mediante la ley de Dios, ¿entonces hacia dónde es que el Papa dirige a los hombres mediante sus tradiciones? El otro sentido, que el Padre llama en la gracia de Cristo, también es bueno. Pero el primer significado con respecto a Cristo, sirve mejor para el consuelo de las conciencias afligidas.

VERSÍCULO 6. *Para seguir otro Evangelio.*

Aquí podemos aprender a espiar las artimañas y sutilezas del diablo. No van a encontrar a ningún hereje en el índice de Errores y Diabluras. Tampoco se presenta el diablo en su propia forma, especialmente ese diablo blanco el cual ya mencionamos. Hasta el diablo negro, que obliga a los hombres a descubrir su maldad, les proporciona una capa para encubrir el pecado que cometen, o el propósito por el delito. El asesino en su furia, no puede ver cuán inmenso y horrible es su pecado, pues se viste de una tapadera para encubrirse. Los que se prostituyen, los ladrones, los codiciosos, borrachos, y tales se jactan de sus fechorías y con eso cubren sus pecados. Así también el diablo negro sale disfrazado disimulando todas sus obras y estrategias. Pero en lo espiritual, Satanás no sale de negro sino de blanco. En semejanza de ángel, o hasta de Dios mismo, se hace pasar con el más hábil disfraz, y maravillosos malabarismos. Reserva su veneno más fulminante para la doctrina de la gracia, para la palabra de Dios, para el Evangelio de Cristo. Por esta razón, Pablo llama a la doctrina de los falsos apóstoles, los ministros de Satanás, “otro Evangelio“. Pero en burla, como si dijera, “O gálatas, ahora tienen otros evangelistas, y otro Evangelio. Ahora entre ustedes ya desprecian y desprestigian mi Evangelio.

Por lo que se puede entender, estos falsos apóstoles habían condenado el Evangelio de Pablo entre los gálatas. Habían dicho, Pablo comenzó bastante bien. Pero un buen comienzo no basta. Todavía restan temas más elevados. Como dice en Hechos 15, “No basta con solo creer en Cristo, o ser bautizados. Mas ahora les es necesario la circuncisión, pues “Si no os circuncidáis conforme al rito de Moisés, no podéis ser salvos”. Esto es lo mismo que decir, Cristo fue un buen artesano, y de hecho comenzó el edificio. Pero no lo terminó. Eso hay que dejarlo en manos de Moisés.

Así mismo hoy los fanáticos anabaptistas y otros, nos condenan abiertamente. Dicen, “Estos luteranos tienen el espíritu de timidez, no se atreven a profesar la verdad libre y francamente hasta el final”. Siguen diciendo que nosotros hemos puesto un fundamento. Es decir, que hemos enseñado la fe en Cristo, pero que el principio, la mitad, y el fin, deben quedar unidos. Para lograr todo eso, Dios los ha llamado a ellos, que esa no es nuestra obra. De esta manera estos espíritus perversos y diabólicos exaltan y magnifican su maldita doctrina, llamándola la palabra de Dios. Y así, tomando en vano el nombre de Dios, engañan a muchos. Pues el diablo no va a mostrar la cara fea, ni tampoco va a vestir a sus ministros de negro. Pero se ponen simpáticos, y se visten de blanco. Y a fin de hacerse pasar por bueno, reviste todas sus palabras y obras con el matiz de la verdad, y con el nombre de Dios. De allí ha surgido el proverbio alemán: “Toda fechoría comienza encomendándose a Dios”.

Por tanto aprendamos que este es un punto particular de las sutilezas del diablo. Pues si no puede perjudicar persiguiendo y destruyendo, lo hace bajo el disimulo de corregir y edificar. Así mismo hoy nos persigue con el poder de la espada. Cuando nos haya despachado, no solo desfigurará el Evangelio sino que lo derrocará por completo. Pero hasta hoy en nada ha prevalecido. Aunque ha destruido a muchos que fueron constantes en esta nuestra doctrina santa y celestial, la sangre de ellos riega la Iglesia en vez de destruirla. Pues como no pudo prevalecer en absoluto de esa manera, ahora levanta espíritus y maestros malignos. Ellos al principio toleran nuestra doctrina, la enseñan en consentimiento con nosotros. Poco después dicen que nuestra tarea es la de enseñar los principios básicos de la doctrina cristiana. Pero, que los misterios de las Escrituras se les ha revelado a ellos desde lo alto, por Dios mismo, y que para eso han sido llamados, para que los den a conocer al mundo. Así el diablo obstruye el Evangelio por la derecha y por la izquierda, pero más por la derecha, como lo dije antes. Pues aparenta construir y corregir, en vez de ir por la izquierda persiguiendo y destruyendo. Por lo que nos conviene orar sin cesar, leer las Sagradas Escrituras, aferrarnos firmemente a Cristo y su santa palabra. De esta manera podremos vencer las sutilezas del diablo, con las que nos agrede de izquierda a derecha. “Porque nuestra lucha no es contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los poderes de este mundo de tinieblas, contra las huestes espirituales de maldad en las regiones celestiales” (Efesios 6:12).

VERSÍCULO 7. Porque no hay otro, sino que hay algunos que os inquietan.

Nuevamente el apóstol disculpa a los gálatas y ásperamente recrimina a los falsos apóstoles. Como si dijera, “Ustedes los gálatas se persuadieron del Evangelio porque me aceptaron. ¿Ahora ya no es el verdadero y auténtico Evangelio? Por eso piensan que hacen bien fijándose en algo nuevo, en eso que predicán los falsos apóstoles, pero ¿también aceptan mi Evangelio? Sin embargo, no los culpo tanto a ustedes con esta falta, sino a los que perturban sus conciencias, y los alejan de mi mano. Aquí pueden ver su vehemencia y fervor contra esos engañadores. Sus palabras ásperas y rudas con las que los desenmascara. Son los que inquietan a las iglesias, los que no hacen nada más sino seducir y engañar a incontables conciencias que sufren. Ocasionan terrible daño y calamidad en las congregaciones. Hoy también vemos este enorme mal con gran dolor de corazón. Pero somos tan impotentes de remediar la situación como lo fue Pablo en su día.

Este texto testifica que los falsos apóstoles habían dado informe que Pablo era un apóstol imperfecto, y también un predicador débil y equivocado. Por tanto aquí les da el nombre de ‘perturbadores de la Iglesia’, y ‘demoledores del Evangelio de Cristo’. Los unos condenan a los otros. Los falsos apóstoles condenaban a Pablo, y Pablo a los falsos apóstoles. Esta misma contienda y mutuas condenas siempre han existido en la Iglesia, especialmente cuando florece la doctrina del Evangelio. A saber, los maestros impíos persiguen, condenan, y oprimen a los piadosos. Por el otro lado, los piadosos reprochan y condenan a los impíos.

También hoy los papistas y los espíritus fanáticos nos odian y condenan nuestra doctrina como impía y errónea. Por nuestra parte nosotros con odio perfecto detestamos y condenamos su maldita y blasfema doctrina. Mientras tanto la gente en su miseria no tiene alivio, vacilando entre ésta y la otra, inciertos y dudosos en lo que se puede apoyar, o a quién van a seguir. Pues no les es dado a todos juzgar sanamente en estos asuntos de gran peso. Mas al final se verá quien enseña la verdad y tiene la razón en condenar al otro. Es cierto que nosotros a nadie perseguimos, a nadie oprimimos, a nadie damos muerte, ni tampoco perturbamos las conciencias de nadie, sino que las libramos de un sinnúmero de errores y trampas del diablo. Pues lo cierto es que tenemos el testimonio de muchos buenos hombres que dan gracias a Dios por nuestra doctrina, pues han recibido un consuelo cierto y seguro para sus conciencias. De la misma manera que Pablo no tenía la culpa de que los falsos apóstoles inquietasen a las iglesias, nosotros tampoco hoy tenemos responsabilidad alguna sino son los anabaptistas y tales espíritus frenéticos que causan muchos y grandes problemas en las iglesias.

Fíjense atentamente, que todos los que enseñan las obras y la justicia de la ley, están inquietando las iglesias y las conciencias de los hombres. ¿Quién se hubiera imaginado que el Papa, los cardenales, obispos, monjes, y toda la sinagoga de Satanás, en particular los fundadores de esas órdenes religiosas (en las que no obstante hay algunos que Dios milagrosamente salvará) serían perturbadores de las conciencias de los hombres? Sí, en verdad hasta son peores que esos falsos apóstoles. Los falsos apóstoles creían que además de la fe en Cristo, las obras de la ley de Dios también eran necesarias para la salvación. Pero los papistas, descartan la fe, y enseñan las tradiciones de los hombres y obras que Dios jamás ha ordenado. Ellos mismos se las han inventado sin, y en contra de, la palabra de Dios apoyo de la palabra de Dios y en contra de la misma . Y no solo les han dado a las tradiciones un lugar igual a la palabra de Dios sino que las han exaltado muy por encima. Pero cuanto más teatro hagan los herejes, tanto más daño causan. Pues si los falsos apóstoles no hubieran sido dotados con dones sobresalientes, con gran autoridad, y con una apariencia de piedad, jactándose de ser ministros de Cristo, discípulos de los apóstoles, y predicadores sinceros del Evangelio, no hubieran podido desfigurar tan fácilmente la autoridad de Pablo, y desviado a los gálatas del camino.

La razón por la que el apóstol se indispuso tan severamente en contra de ellos, llamándolos perturbadores de las iglesias, es porque además de la fe en Cristo, también enseñaban que la circuncisión y la observancia de la ley eran necesarias para la salvación. Lo que Pablo también testifica, más adelante, en el capítulo cinco. Lucas en el capítulo quince de los Hechos, declara también lo mismo en estas palabras, “Entonces algunos

que venían de Judea enseñaban a los hermanos: Si no os circuncidáis conforme al rito de Moisés, no podéis ser salvos” (Hechos 15:1). Por tanto, los falsos apóstoles contendían fervorosamente y obstinadamente en extremo que se debía guardar la ley. Y los judíos de dura cerviz se unieron para que después fácilmente pudieran persuadir a los que no estaban bien establecidos en la fe. Alegaban que Pablo no era un maestro sincero porque no tomaba la ley en cuenta, sino que predicaba tal doctrina que abolía y derrocaba la ley. Por lo que les parecía algo muy extraño que la ley de Dios fuera quitada del todo, y que ahora los judíos fueran rechazados, a quienes siempre se les había contado como el pueblo de Dios. Y les parecía algo mucho más raro que los gentiles, siendo impíos idólatras ahora alcanzaran la gloria y dignidad de ser pueblo de Dios, sin la circuncisión, y sin las obras de la ley, que solo por la gracia y la fe en Cristo.

Los falsos apóstoles habían exagerado estas cosas a lo máximo a fin de crear entre los gálatas más odio hacia Pablo. A fin de predisponerlos aún más en contra de él, dijeron que él predicaba a los gentiles que eran libres de la ley, de tal modo que causaría desprecio por la ley de Dios finalmente derrocándola junto con la nación judía. Que todo eso era contrario al ejemplo de los apóstoles y en breve, contrario a su propio ejemplo. Por tanto había que evitarlo porque blasfemaba abiertamente contra Dios, y se había rebelado en contra de toda la nación de los judíos. Decían más bien que ellos eran los que merecían la atención de los gálatas, pues además de predicar el Evangelio debidamente, ellos eran discípulos de los mismos apóstoles, pero que Pablo nunca se familiarizó con ellos. Mediante esta estrategia, difamaron y deprecaron a Pablo entre los gálatas. Fue por este trato perverso que Pablo se vio obligado a contraponerse a estos falsos apóstoles diciendo que eran perturbadores de las iglesias y que derrocaban el Evangelio de Cristo, tal como se da a conocer seguidamente.

VERSÍCULO 7. Y quieren pervertir el Evangelio de Cristo.

En otras palabras: “Estos falsos apóstoles no solo los perturban, sino que pretenden abolir y derrocar el Evangelio de Cristo”.

El diablo se dedica a dos cosas sin tregua alguna. Primero, mediante falsos apóstoles perturba y engaña a muchos. Pero aun más, se aprovecha de ellos para derrocar por completo al Evangelio, los utiliza sin descanso hasta lograr su objetivo. Sin embargo, nada les perturba más a esos falsos apóstoles que se les llame apóstoles del diablo; más bien, se glorían más que otros en el nombre de Cristo, y se jactan de ser los más sinceros predicadores del Evangelio. Pero debido a que enredan la ley y el Evangelio, pervierten al Evangelio. Porque, o Cristo vive y la ley perece, o la ley permanece y Cristo perece; Cristo y la ley no pueden morar lado a lado en la conciencia. Donde reina la justicia de la ley, no puede reinar la justicia de la gracia. Donde reina la justicia de la gracia, no puede reinar la justicia de la ley. Una de ellas tiene que ceder el lugar a la otra.

Si no puedes creer que Dios perdonará tus pecados por causa de Cristo, a quien Él envió al mundo como nuestro sumo sacerdote, ¿cómo entonces, puedes creer que Él perdonará tus pecados por causa de las obras de la ley, la cual jamás podrás cumplir? ¿Acaso

piensas que tus propias obras (porque tendrás que confesarlo que es así), podrán neutralizar el juicio de Dios?

Por lo tanto, la doctrina de la ley no puede permanecer en pie junto a la doctrina de la gracia. La una debe rechazarse y derrocar, y la otra confirmarse y establecerse. *Pero así como los judíos eran reacios a esta doctrina de la fe y de la gracia, así también nosotros somos reacios a la misma. Pues yo mismo de buena gana guardaría la una y la otra: La justicia de la gracia como la que justifica, y la justicia de la ley por la cual Dios debiera tomarme en cuenta.* Pero tal cual Pablo lo explica aquí, combinar la una con la otra es destronar al Evangelio de Cristo.

Sin embargo, si se trata de debatir guiados por las apariencias, la que parece mayor vence a la mejor. Cristo, por su lado es débil, y la predicación del Evangelio es locura. Al contrario, el reino del mundo, y del diablo, y su príncipe, son fuertes. Además, la sabiduría y la justicia de la carne hacen buen teatro. Con la medida de las apariencias, la justicia de la gracia y la fe pierden, y la otra justicia de la ley y las obras avanzan y se mantienen. Pero este es nuestro consuelo, que el diablo con todos sus miembros no puede lograr lo que se propone. Puede perturbar a muchos, pero no puede derrocar el Evangelio de Cristo. La verdad puede ser asediada mas no vencida, pues la palabra del Señor permanece para siempre (1 Pedro 1:25).

Parece una pequeñez entreverar la ley y el Evangelio, la fe y las obras, pero resulta en el lio más grande que pueda concebir la mente humana. Mezclar la ley y el Evangelio no solo empaña el conocimiento de la gracia, sino que tajantemente deja por fuera a Cristo con todos sus beneficios. La causa de este gran mal es nuestra carne, la cual viéndose hundida en sus pecados, no ve manera alguna de salirse, sino por las obras. De tal modo que se dedica a vivir en las obras de la ley, y encontrar reposo y confianza en sus obras. Por lo cual vive en total ignorancia de la doctrina de la fe y la gracia. No obstante, sin esta doctrina la conciencia no puede hallar quietud y reposo.

Las palabras de Pablo, “quieren pervertir el Evangelio de Cristo,” también demuestran la excesiva altivez y poca vergüenza de estos falsos apóstoles. Pablo solo engrandece su ministerio y su Evangelio con las siguientes palabras:

VERSÍCULO 8. Mas aun si nosotros o un ángel del cielo os anunciare otro Evangelio del que os hemos anunciado, sea anatema.

Aquí Pablo arroja llamaradas y su celo es tan ferviente que hasta por poco maldice a los mismos ángeles. Dice él, aunque nosotros mismos, yo y mis hermanos Timoteo y Tito, y todos los que predicán a Cristo en su pureza junto a mí (no hablo de los que seducen a las conciencias), “o un ángel del cielo os anunciare otro Evangelio”, entonces que se nos tenga a todos, a mí, a mis hermanos, y hasta los mismos ángeles del cielo, por malditos. Que todos estemos bajo maldición y no que mi Evangelio sea derrocado. Ciertamente este es un celo ardiente para que pudiera atreverse a dictar maldición tan fuerte, que incluye no solo a él y a sus hermanos, sino también hasta a un ángel del cielo. La palabra griega *anathema*, hebreo *herem*, significa algo maldito, execrable, detestable, que no

tiene relación alguna, participación, o comunión con Dios. Así lo dice Josué: “Maldito delante de Jehová el hombre que se levantara y reedificara esta ciudad de Jericó” (Josué 6:26). Al finalizar Levítico está escrito: “Ninguna persona separada como anatema podrá ser rescatada; indefectiblemente ha de ser muerta” (Levítico 27:29). Así también Dios dispuso que Amalek y ciertas otras ciudades, malditas por decreto de Dios, habían de ser totalmente arrasadas y destruidas. Entonces esto es lo que está en la mente de Pablo: “prefiero que yo mismo, y que mis otros hermanos, hasta un ángel del cielo, sea maldito, que nosotros u otros prediquemos algún otro Evangelio que el que ya hemos predicado”. De tal modo que Pablo primeramente se maldice, pues los hábiles en la persuasión primero se faltan a sí mismos, a fin de poder reprochar a otros con más libertad y agudeza.

Por tanto Pablo concluye que no hay otro Evangelio sino el que él mismo había predicado. Pero él no había predicado un Evangelio de su propio ingenio, sino el mismo que Dios había prometido desde antes por sus profetas en las Sagradas Escrituras (Romanos 1). Por tanto él se incluye a sí mismo y a otros, hasta a un ángel del cielo, que fuera ciertamente maldito, si enseñaban cosa alguna contraria al previo Evangelio. Pues la voz del Evangelio, una vez que fue emitida, no será detenida hasta el día del juicio final.

VERSÍCULO 9. Como antes hemos dicho, también ahora lo decimos otra vez: Si alguno os anunciare otro Evangelio del que habéis recibido, sea anatema.

Pablo repite la maldición, dirigiéndola ahora sobre otras personas. Antes, se maldijo a sí mismo, a sus hermanos, y a un ángel del cielo. “Ahora,” dice, “si hay otros que predicán un Evangelio diferente al que recibieron de nosotros, sean ellos también malditos”. Con esto Pablo excomulga y maldice a todos los falsos maestros incluyendo sus adversarios. Aquí se presenta con un gran fervor de espíritu. Se atreve a maldecir a todos los maestros a lo largo de todo el mundo y por los cielos que pervierten su Evangelio y enseñan cualquier otro. Pues todos deben creer el Evangelio que Pablo predicó, o de otro modo quedan bajo maldición y condenación. ¡Ojalá esta horrible sentencia del apóstol infundiera de temor a los corazones de los que buscan pervertir el Evangelio de Pablo! Y de esas perversiones, el mundo, lamentablemente, está más y más lleno.

Aquí debemos notar un cambio en las personas a las que se dirige Pablo. Pues en la primera maldición Pablo habla diferente que en la segunda. En la primera dice, “Pero si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciara otro Evangelio contrario al que os hemos anunciado”. En el segundo, “contrario al que recibisteis”. Esto lo dice a propósito, no sea que los gálatas dijeran, “Pablo, nosotros no pervertimos el Evangelio que has predicado. Es que no te entendíamos bien. Pero los maestros que han venido después de ti, ellos nos han declarado su verdadero significado”. Esto, dice él, no lo aceptaré. Pues no deben añadirle nada, ni tampoco corregirlo. Lo que escucharon de mí es la palabra sincera de Dios: déjenla así. Ni tampoco desearía que yo fuera otro maestro del que fui, ni que ustedes fueran otros discípulos. Por tanto si escuchan a cualquier hombre que trae otro Evangelio diferente al que escucharon de mí, o jactándose que les entregará mejores cosas que las que recibieron de mí, que tanto él como sus discípulos estén bajo maldición.

Sin embargo, tal cual es la naturaleza de los ministros de Satanás, con esta artimaña saben como entrometerse y robar las mentes de los hombres. Confiesan que los que vinieron antes y enseñaron el Evangelio, comenzaron bien, pero que eso no fue suficiente. De igual manera hoy las cabezas fanáticas nos conceden esta muy medida adulación, que hemos comenzado bien este asunto del Evangelio. Pero debido a que detestamos y condenamos su blasfema doctrina, nos llaman los nuevos papistas, dos veces peor que los anteriores. De esta manera es como los ladrones y asaltantes se meten al rebaño del Señor para robar, matar, y destruir (Juan 10:1,10). Pues primero confirman nuestra enseñanza. Pero luego dicen corregirnos y exponer más ampliamente (se imaginan) lo que nosotros no hemos suficientemente o correctamente comprendido. De igual manera los falsos apóstoles ganaron entrada a los gálatas. “Pablo”, decían ellos, “ciertamente ha puesto el cimiento de la doctrina cristiana. Pero él no sostiene el verdadero camino de la justificación, porque él enseña a los hombres a desviarse de la ley. Por tanto, lo que él no les pudo dar, reciban de nuestras manos”. Pero Pablo no tolera que ningún otro enseñe otra cosa, ni que los gálatas escuchen o reciban algo más, sino solo lo que él mismo les había enseñado antes, y lo que habían escuchado y recibido de él. Entonces, dice él, todos los que enseñan y reciban otra cosa, que sean anatema.

Los primeros dos capítulos solo contienen la defensa de su doctrina y el rebatir de errores. De tal modo que no trata del tema central de esta epístola sino hasta el final del segundo capítulo, a saber, el artículo de la justificación. Aun así, esta declaración de Pablo nos debe amonestar, que todos los que piensan que el Papa es el juez de las Escrituras, están bajo maldición. Pues los eruditos papales han enseñado impiamente el siguiente argumento: Que la Iglesia solo ha permitido cuatro Evangelios, por tanto solo hay cuatro, pues si hubiera permitido otros, hubiera más. Por tanto, ya que la Iglesia tiene la potestad de recibir y permitir tantos Evangelios como pueda, la Iglesia está sobre el Evangelio. ¡Qué buen argumento! Yo le doy el visto bueno a las Escrituras, ¡ergo por tanto yo estoy por encima de las Escrituras! Juan el Bautista reconoció y confesó a Cristo, lo señaló con el dedo, por tanto, ¡él está sobre Cristo! La Iglesia aprueba la fe y doctrina cristiana, por tanto ¡la Iglesia está sobre ellas! Para derrocar esta doctrina impía y blasfema, no hay mejor que este texto que resuena como la descarga de un trueno. Pues aquí Pablo se sujeta a sí mismo y a un ángel del cielo, a todos los doctos sobre la tierra, y a todos los maestros y profesores por doquier, bajo la autoridad de las Escrituras. Pues ellos no deben ser los maestros, jueces, árbitros, sino solo los testigos, discípulos, y confesores de la Iglesia. No importa que sea el Papa, Lutero, Agustín, Pablo, o un ángel del cielo. Ni tampoco debe enseñarse doctrina alguna en la Iglesia, ni tampoco que se escuche cualquier otra cosa que no sea la pura palabra de Dios, es decir, las Sagradas Escrituras. De otro modo, tanto los maestros, oyentes, y doctrina, ¡a todos les recaiga maldición!

VERSÍCULO 10. *Porque ¿persuado yo ahora a hombres o a Dios?*¹⁶

¹⁶ *Nunc enim homines suadeo an Deum?*

Estas palabras se declaran con el mismo espíritu ferviente que las anteriores. Como si dijera, ¿Soy yo, Pablo, tan desconocido entre ustedes, después de haber predicado tan abiertamente en sus iglesias? ¿Todavía desconocen mis amargos conflictos y agudas batallas contra los judíos? Me parece (pienso yo) que después de toda mi predicación y de todas las grandes aflicciones que he sufrido en todo lugar, bastaría para que se dieran cuenta si sirvo a los hombres o a Dios. Pues todos pueden ver que por esta mi predicación, yo no solo he fomentado persecución en mí contra en todo lugar, sino también he procurado el odio cruel de mi propia nación, y de todos los demás. Por tanto, demuestro a plena luz, que yo no procuro por mi predicación el favor o los elogios de los hombres, sino que procuro el provecho y la gloria de Dios.

Tampoco procuramos el favor de los hombres mediante nuestra doctrina, pues enseñamos que todo ser humano es impío por naturaleza, e hijo de ira (Efesios 2:3). Condenamos en todo ser humano su libre albedrío, su capacidad, sabiduría, y justicia, y toda religión de invento humano. En breve, decimos que no hay nada en nosotros que nos capacite para merecer la gracia y el perdón de los pecados. Predicamos que obtenemos esta gracia solamente por la gratuita misericordia de Dios, por causa de Cristo. De tal modo que los cielos cuentan la gloria de Dios y sus obras, las cuales condenan a todos los hombres en general con todas sus obras (Salmo 19:1f). Esta predicación no atrae el favor de los hombres ni del mundo. Pues el mundo no puede tolerar la voz que condena su sabiduría, justicia, religión, y poderío. Hablar contra esos dones poderosos y gloriosos que tiene el mundo no es para recibir elogios, sino para procurar el odio y la indignación del mundo. Pues si hablamos contra los hombres, o cualquier otra cosa que compete a la gloria de ellos, lo único que resulta son persecuciones, excomuniones, asesinatos, y condenaciones.

Si entonces (dice Pablo), ellos pueden ver otros asuntos, ¿por qué no pueden ver esto, que yo enseñé las cosas de Dios, y no la de los hombres? Es decir, que mediante mi doctrina yo no procuro el favor de hombre alguno, sino que despliego la misericordia de Dios que nos ofrece en Cristo. Pues si yo buscara el favor de los hombres no condenaría sus obras. Bien, yo condeno las obras de los hombres, es decir, declaro el juicio de Dios contra todo ser humano, de acuerdo a su palabra (de la cual soy un ministro y apóstol). Anuncio que todos son pecadores, injustos, impíos, hijos de ira, esclavos del diablo, y bajo condena. Además, que no son justificados por las obras,¹⁷ o la circuncisión, sino solo por la gracia, y la fe en Cristo. Por todo esto me procuro el odio mortal de los hombres, pues no pueden tolerar menos que escuchar que son así, tal cual. ¡No! Más bien, ellos quisieran que se les alabara por su sabiduría, justicia, y santidad. Por tanto, esto testifica más que suficiente, que yo no enseñé la doctrina de hombre alguno. De igual manera Cristo también declara en Juan 7: “No puede el mundo aborreceros a vosotros; mas a mí me aborrece, porque yo doy testimonio de él, que sus obras son malas” (Juan 7:7). Igualmente en el capítulo tres de Juan, “Y esta es la condenación: porque la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz; porque sus obras eran malas” (Juan 3:19).

Bien, que yo enseñé las cosas de Dios, dice el apóstol, que esto conste, pues predico solo la gracia, la misericordia, la bondad, y la gloria de Dios. Además, tal cual lo dijo Cristo,

¹⁷ *iustificentur non operibus*; Watson incorrectamente traduce ‘hechos justos’ (‘made righteous’) HC].

el que declara las cosas que su Señor y Maestro le ha ordenado, y no se glorifica a sí mismo, sino aquel a quien lo envió, es quien trae y enseña la verdadera palabra de Dios. Pero yo solamente enseñé esas cosas que se me han dado de lo alto. Ni tampoco me glorifico, sino a aquel que me envió. Además, incito a mi contra la ira y la indignación de judíos tanto como gentiles. Por tanto, mi doctrina es veraz, sincera, segura, y de Dios. Ni es que tampoco pueda haber otra, mucho menos otra mejor, que mi doctrina. Por tanto, cualquier otra doctrina que no enseña como la mía, que todo ser humano es pecador, y que son justificados solo por la fe en Cristo, es de por sí falsa, impía, blasfema, maldita, y diabólica. Igualmente todos los que la enseñan o la reciben.

Así también con Pablo nosotros osadamente pronunciamos que toda doctrina que no concuerda con la nuestra está bajo maldición. Pues nosotros no procuramos por nuestra predicación los elogios de los hombres, o el favor de los príncipes u obispos. Nosotros buscamos solo el favor de Dios, predicando solamente su gracia y misericordia, despreciando y hollando bajo pie todo lo que es de nosotros mismos. Por tanto, todo el que enseñe cualquier otro Evangelio, o lo que sea contrario a lo nuestro, tenemos la osadía de decir que ha sido enviado del diablo, y que lo tengan por maldito.

VERSÍCULO 10. *¿O me esfuerzo por agradar a los hombres?*

Es decir, ¿estoy al servicio de los hombres o de Dios? Siempre está mirando de reojo a los falsos apóstoles. Éstos, dice él, siempre procuran halagar y agradar a los hombres. De este modo quieren que la gente se gloríe de ellos en la carne. Además, no pueden llevar la carga del odio y la persecución de los hombres, pues enseñan la circuncisión, solo por evitar la persecución por causa de la cruz de Cristo, tal como dice en el quinto capítulo de Gálatas (Gálatas 5:11).

De igual manera hoy podemos encontrar a muchos que procuran agradar a los hombres, a fin de vivir en la paz y seguridad de la carne. Enseñan las cosas de los hombres, es decir, cosas impías. De otra manera toleran las blasfemias y juicios injustos de los adversarios, lo que es contrario a la palabra de Dios; lo hacen contra su propia conciencia, para retener el favor de los príncipes y los obispos, y no perder a sus dioses. Pero nosotros, ya que nos dedicamos a agradar a Dios y no a los hombres, fomentamos en contra nuestra la maldad del diablo y del mismo infierno. Sufrimos los reproches y calumnias del mundo, la muerte y todos los males que se puedan inventar contra nosotros.

Pues es lo que Pablo dice aquí. Yo no procuro agradar a los hombres, para que alaben mi doctrina y den informes que soy un excelente maestro, sino que solo deseo agradar a Dios. Por esta causa logro hacerme enemigos mortales. Pero me consta por experiencia propia que es toda la verdad. Porque me recompensan con infamia, calumnia, prisión, la espada, etc. Al contrario, los falsos apóstoles enseñan las cosas de los hombres, es decir, las cosas que están por dentro de todo lo posible de acuerdo a la razón. De tal modo que así viven plácidamente, y se compran el favor, la buena voluntad y alabanzas de la gente. Y encuentran a los que buscan, pues reciben las alabanzas y las exaltaciones de los hombres. Así lo dijo Cristo (Mateo 6:2), que los hipócritas hacen todo a fin de recibir los elogios de los hombres. Y en el Evangelio de Juan (5:44) reprocha duramente a esos

tales: “¿Cómo podéis creer, cuando recibís gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene del Dios único?” (Juan 5:44). Las cosas que Pablo ha enseñado hasta este punto, son solo como ejemplos. Mientras tanto, no obstante, con todo fervor y por doquier enseña que su doctrina es sincera y sana. Por tanto, exhorta a los gálatas a que no la abandonen por darle preferencia a alguna otra doctrina.

VERSÍCULO 10. Si yo todavía estuviera tratando de agradar a los hombres, no sería siervo de Cristo.

Estas palabras abarcan toda la designación y el ministerio de Pablo. Demuestran el contraste entre lo que era su vida antes bajo la ley judía, y su vida ahora de acuerdo al Evangelio. Como si dijera: ¿Es que piensan que todavía me dedico a agradar a los hombres, como lo hacía en el pasado? Así habla él después en el capítulo cinco: “si todavía predico la circuncisión, ¿por qué soy perseguido aún?” (Gálatas 5:11). Como si dijera: “¿Es que no ven ni escuchan que cada día sufro conflictos, gran persecución y aflicción? Después de mi conversión fui llamado al oficio del apostolado, por eso nunca he enseñado la doctrina de los hombres, ni tampoco procuro agradar a los hombres, sino tan solo a Dios. Es decir, mediante mi ministerio y mi doctrina no procuro los elogios y el favor de los hombres, sino de Dios.

Nuevamente aquí resalta la malicia y astucia de los falsos apóstoles predisponiendo odio contra Pablo entre los gálatas. Rebuscaban entre las prédicas y escritos de Pablo ciertas contradicciones (así como nuestros adversarios lo quieren hacer con nuestros libros). Hasta hubieran procurado convencerlo de que él mismo se había contradicho. Por tanto, decían, no había que tomarlo en cuenta. No obstante, sí tenían la obligación de circuncidarse y guardar la ley. Alegaban que Pablo mismo lo había permitido con su ejemplo, pues había circuncidado a Timoteo de acuerdo a la ley. Junto con otros cuatro hombres se había purificado en el templo de Jerusalén, y se había afeitado la cabeza en Cencrea (Hechos 16:3; 21:23; 18:18). Sutilmente alegaban que Pablo se había visto obligado a cumplir con estos ritos, por mandamiento y por autoridad de los apóstoles. Pero Pablo lo había tolerado con indiferencia, por la debilidad de los hermanos débiles, evitando que tomaran ofensa, pues todavía no comprendían lo que era la libertad en Cristo.

A todos estos rodeos él contestó: Lo cierto del caso es que la verdad habla por sí misma. Es muy cierto que los falsos apóstoles forjan en mí contra el plan de derrocar mi Evangelio, levantando otra vez la ley y la circuncisión. Pues si yo predicara la ley y la circuncisión, y elogiara el poderío, la fortaleza, y el libre albedrío del hombre, no me odiarían tanto, sino que sería de su agrado.

VERSÍCULOS 11, 12. Mas os hago saber, hermanos, que el Evangelio que ha sido anunciado por mí, no es según hombre; ni yo lo recibí, ni aprendí de hombre, sino por revelación de Jesús, el Cristo.

El objetivo principal de este tema es el siguiente. Refutar a sus adversarios y defender a su doctrina, hasta el final del segundo capítulo. *Pablo siempre recita esta historia.*

Jerónimo se da muchas vueltas preocupado por encontrar la manera de armonizarla. Pero no llega al corazón del tema, pues no toma en cuenta el propósito de Pablo, ni lo que Pablo está considerando. Las varias historias en las Escrituras a veces se relatan con brevedad y no siempre en el orden preciso.¹⁸ De tal modo que no pueden armonizarse fácilmente. Por ejemplo, las negaciones de Pedro, la historia de la pasión de Cristo, etc. De igual manera aquí Pablo tampoco narra toda la historia. Por tanto, no me afano, ni preocupo por armonizarla. Aquí considero lo que Pablo tiene en mente, y lo que él toma en cuenta.

El punto principal aquí es este: mi Evangelio no es de acuerdo al hombre, ni tampoco lo recibí del hombre, sino por revelación de Jesucristo. En cuanto a su juramento, es porque se vio obligado a hacerlo, para que los gálatas pudieran creerle, y no prestaran atención a los falsos apóstoles. Pues él los reprocha porque habían dicho que él había aprendido y recibido su Evangelio de los apóstoles.

En lo que dice que su Evangelio no es según hombre, él no quiere decir que su Evangelio no es humano.¹⁹ Eso se manifiesta de por sí. Además, los falsos apóstoles se jactaban que la doctrina de ellos no era humana sino divina.²⁰ Lo que quiere decir es que aprendió su Evangelio no por el ministerio de los hombres, ni por algún medio humano,²¹ así como todos lo aprendimos por el ministerio de los hombres, o recibimos de algún otro modo,²² como escuchando, leyendo, o escribiendo, o pintando.²³ Sin embargo, él lo recibió solamente por revelación de Jesucristo. Si alguien quisiera distinguirlo de alguna otra manera, no me opongo. Y de paso, aquí el apóstol demuestra que Cristo no solo es hombre, sino que es el mismo Dios y hombre, cuando dice que él no recibió su Evangelio por medio del hombre.

Pablo recibió su Evangelio en el camino a Damasco, en donde Cristo se apareció y habló con él. Después también habló con él en el templo en Jerusalén. Pero él recibió su Evangelio en el camino, tal cual lo dice Lucas narrando la historia en el capítulo nuevo de los Hechos. “Levántate,” dijo Cristo, “y se te dirá lo que debes hacer”. Él no le dice que vaya a la ciudad para aprender el Evangelio de Ananías. Más bien, Ananías fue enviado a ir y bautizarlo, imponer sus manos sobre él, y encomendarlo a la Iglesia. Ananías no recibió orden de enseñarle el Evangelio, pues lo había recibido antes, tal cual se gloria él mismo, por solo la revelación de Jesucristo. Esto mismo lo confiesa Ananías, diciendo, “Hermano Saulo, el Señor que te apareció en el camino, me ha enviado, para que recibas la vista”. Por tanto, él no recibió su doctrina de Ananías, pero ya había sido llamado, iluminado y enseñado de Cristo en el camino. Fue enviado a Ananías, para que también recibiera el testimonio de los hombres, que Pablo había sido llamado de Dios para predicar el Evangelio de Cristo.

¹⁸ *concisae et confusae.*

¹⁹ *humanum.*

²⁰ *divinum.*

²¹ *humano medio.*

²² *humano medio.*

²³ *pingendo* - “pintando”: Middleton y Watson lo omitieron en su lista de maneras de cómo se puede aprender el evangelio.

Pablo se vio constreñido a recitar toda esta narración, para deshacer las calumnias de los falsos apóstoles, que habían procurado hacerlo odioso ante los gálatas, diciendo que Pablo era inferior al resto de los eruditos que provenían de los apóstoles. También, que los falsos apóstoles habían recibido su enseñanza y ceremonias de los mismos apóstoles. Además, que estos nuevos maestros habían sido compañeros de los apóstoles por mucho tiempo, y que Pablo mismo había recibido esa misma doctrina de los apóstoles, aunque ahora lo negara. ¿Por qué, entonces, iban los gálatas a obedecer a un inferior, despreciar la autoridad de los mismos apóstoles, pues ellos eran los ancianos que desde tiempo atrás habían venido enseñando a los gálatas, y también a todas las iglesias por el mundo entero?

Este argumento, que los falsos apóstoles fundamentaban sobre la autoridad de los apóstoles, se presentó vigorosamente y con potencia. Por lo tanto los gálatas cayeron de repente, especialmente en este asunto. Yo nunca hubiera creído, sino fuera por el ejemplo de las iglesias de Gálatas y Corinto y otras, que aquellos que reciben la palabra de Dios al principio con tanto gozo, entre los cuales hubo muchos de renombre, pudieran caer tan de repente. ¡Buen Señor! ¡Cuán horribles e infinitos líos puede causar un solo argumento! Un solo argumento puede atravesar la conciencia del ser humano, que tan solo en un momento puede perderlo todo si Dios retira su gracia. Con estas sutilezas los falsos apóstoles fácilmente engañaron a los gálatas, pues no estaban firmemente establecidos y arraigados, sino todavía débiles en la fe.

Además, el artículo de la justificación es escurridizo.²⁴ No de por sí, porque en sí mismo es cierto y veraz, sino en nosotros. Lo sé por experiencia propia. Esto lo he conocido en las largas horas de lucha en la oscuridad que a veces sale a mi encuentro. Lo sé cuán a menudo y de repente pierdo las ráfagas del Evangelio y de la gracia, como si cayera una sombra que me envuelve en nubes oscuras y tenebrosas. Sé muy bien en qué deslizaderos²⁵ se encuentran aun los que tienen experiencia y parecen estar bien parados en la fe. Tenemos buena experiencia en este asunto. Pues podemos instruir a otros, y esta es señal que comprendemos la fe. Pero cuando en medio del conflicto debiéramos usar el Evangelio, el cual es la palabra de la gracia, consuelo, y vida, allí se aparece la ley, la palabra de ira, pesadumbre y muerte, estorbando al Evangelio con sus rugidos y terrores que retumban en la conciencia, no menos que en ese temible espectáculo del Monte Sinaí. De tal modo que con un solo lugar de las Escrituras que contenga alguna amenaza de la ley (Éxodo 19:18), sobrepuja y ahoga todo consuelo, y nos sacude toda fortaleza interior, con el resultado que nos olvidamos de la justificación, la gracia, Cristo, el Evangelio, y todo lo que es en sí.

Por tanto, en cuanto a nosotros, es un asunto muy escurridizo²⁶ porque nosotros somos escurridizos.²⁷ Tenemos a nuestra contra la media parte de lo que somos, es decir, la razón, con todos sus poderes. Encima de esto, la carne resiste al espíritu, la cual no puede

²⁴ *lubrica.*

²⁵ *lubrico HC].*

²⁶ *lubrica HC].*

²⁷ *lubrici HC].*

creer con toda confianza que las promesas de Dios son ciertas y verdaderas. La carne lucha contra el espíritu, como dijera Pablo, “tiene cautivo al espíritu” (Gálatas 5:17; Romanos 7:23), de tal modo que el espíritu no puede creer con toda la constancia que quisiera. Por eso enseñamos que el conocer a Cristo y creer en él no viene por ningún logro humano. Es sencillamente el don de Dios, quien al igual que crea la fe, la sustenta en nosotros. Y así como él primero nos da la fe mediante la palabra, así también después la ejercita, aumenta, fortalece, y perfecciona en nosotros mediante la palabra. Por tanto el mayor servicio que el hombre pueda rendirle a Dios, el mismo sábado de los sábados, es ejercitarse en la verdadera piedad, y con diligencia prestar atención y escuchar la palabra. Al contrario, no hay nada más peligroso que cansarse de la palabra. Por tanto el que se enfría tanto, que piensa que ya sabe lo suficiente, poquito a poco comienza a detestar la palabra. Tal como ha perdido a Cristo y al Evangelio, el que piensa que ya lo sabe, alcanza solo vanas conjeturas. El tal es, dice Santiago, “semejante al hombre que considera en un espejo su rostro natural; él se considera a sí mismo y se va, y pronto olvida cómo era” (Santiago 1:23-24).

Por tanto, que todos se esfuercen y procuren con toda diligencia aprender y guardar esta doctrina. Humildemente y con oración del corazón, estudiémosla con constancia y meditemos en la misma. Y cuando hayamos hecho hasta lo que nos parezca demasiado, todavía no es suficiente para mantenernos firmes en la doctrina. Pues nuestros enemigos no son pequeños, sino fuertes y potentes. Continuamente nos hacen la guerra, a saber, nuestra propia carne, y todos los peligros del mundo, la ley, el pecado, la muerte, la ira y el juicio de Dios, y el diablo mismo. Pues este último jamás cesa de tentarnos desde adentro con sus dardos encendidos, y por fuera por medio de sus falsos apóstoles, a fin de quitarnos sino todo, la mayor parte de lo que tenemos.

Por tanto este argumento de los falsos apóstoles tenía buena presentación, y parecía muy contundente. Esto mismo prevalece hoy con muchos, a saber, lo que los apóstoles, los santos padres y sus sucesores han enseñado: que así es lo que la Iglesia piensa y cree. Aun más, que es imposible que Cristo hubiera permitido que su Iglesia estuviera en el error por tanto tiempo. ¿Acaso tú solo, dicen, eres más sabio que tantos hombres santos? ¿Más sabio que la Iglesia entera? De esta manera, cambian al diablo en ángel de luz, y hoy nos asechan con estas sutilezas. Hay ciertos pestilentes hipócritas, que dicen, “Ni al Papa se lo perdonamos, aborrecemos la hipocresía de los monjes”, y cosas así. “Pero no vayan a tocar la autoridad de la Iglesia. Esto es lo que la Iglesia ha creído, y enseñado, por tanto tiempo. Todos los eruditos de la Iglesia primitiva, hombres piadosos, con mayor antigüedad y mejor educados que tú. ¿Quién eres, que te atreves a disentir con todos ellos, y traernos una doctrina contraria?” Cuando Satanás razone contigo de esta manera, valiéndose de la razón y la carne como cómplices, tu conciencia se aterroriza y vas a perder las esperanzas. A menos que vuelvas a ti mismo, y digas, “No importa que Cipriano, Ambrosio, Agustín, o San Pedro, Pablo, o Juan, hasta un ángel del cielo enseñe otra cosa, esto lo sé con toda confianza: que no enseñe las cosas de los hombres sino de Dios. Es decir, todas las cosas las atribuyo solo a Dios, y nada al hombre”.

Cuando por primera vez me di a la tarea de defender el Evangelio, recuerdo que el doctor Staupitz, hombre noble, me dijo, “Esto me gusta mucho a mí, que esta doctrina que tú

predicas, le da la gloria y todo lo demás, solo a Dios y nada al hombre. Porque jamás se puede rendir demasiada gloria, bondad, y misericordia a Dios”. Este dicho me consoló y confirmó en gran manera. Y es cierto, que la doctrina del Evangelio le quita al hombre toda la gloria, sabiduría, justicia, etc., y la da solamente al Creador, que hizo todas las cosas de la nada.²⁸ Hay más seguridad en atribuir demasiado a Dios que al hombre. Pues en este caso con toda osadía puedo decir: “Que así sea, que la Iglesia, Agustín y todos los otros doctos, como también Pedro y Apolos, hasta un ángel del cielo enseñe una doctrina contraria, mi doctrina es tal, que al exponer el tema de la salvación y predicar solamente la gracia y la gloria de Dios, se condene a toda la justicia y sabiduría de todos los hombres. En esto no puedo ofender, porque tanto a Dios como al hombre se rinde lo que corresponde”.

Pero dirás, la Iglesia es santa, los padres son santos. Es cierto. Pero aun así, por todo lo santa que sea la Iglesia, tiene la obligación de rezar: “Perdónanos nuestras faltas”. Así que, por toda la santidad de los padres, aun ellos son salvos por el perdón de los pecados. Ni tampoco a mí me han de creer, ni a la Iglesia, ni a los padres, ni a los apóstoles, ni hasta a un ángel del cielo, si enseñamos alguna otra cosa contraria a la palabra de Dios. Sino que la palabra de Dios permanezca para siempre. Si hubiera sido de otra manera, este argumento de los falsos apóstoles habría prevalecido poderosamente contra la doctrina de Pablo. Pues ciertamente fue una gran cosa, un gran tema, digo yo, para exponer ante toda la Iglesia de los gálatas, con toda la compañía de los apóstoles: Que Pablo estaba solo, que había surgido solo tardíamente, y de muy poca autoridad. Por tanto, este fue un poderoso argumento, con poderosas conclusiones. Pues ningún hombre diría de su propia voluntad, “La Iglesia está equivocada”. No obstante, es necesario decir que sí está equivocada, si enseña cosas que no están en la palabra de Dios, o la contradicen.

Pedro, el principal entre los apóstoles, enseñaba tanto en su vida como en su doctrina algo más que no estaba en la palabra de Dios. Por tanto, erró, y fue engañado. Pablo no le disimuló su error, a pesar que parecía tan solo una pequeña falta. Pues Pablo vio que sería para el perjuicio de toda la Iglesia. Por tanto “me opuse a él cara a cara, porque era de condenar” (Gálatas 2:11). Por eso, tampoco hay que darle oído a la Iglesia, ni a Pedro, ni a los apóstoles, ni a los ángeles del cielo, a menos que traigan y enseñen la palabra de Dios en su pureza.

Este argumento, hasta el día de hoy, no perjudica en poco grado a nuestra causa. Pues si no hemos de creer al Papa, ni a los padres, ni a Lutero, ni a ningún otro, a menos que enseñen la pura palabra de Dios, entonces ¿a quién vamos a creer? ¿Quién, mientras tanto, va a certificar a nuestras conciencias cuál de las dos partes enseña la palabra de Dios en su pureza: nosotros o nuestros adversarios? Pues ellos se jactan que también tienen la pura palabra de Dios, y que la enseñan. Pero nuevamente, nosotros no creemos a los papistas, porque no enseñan la palabra de Dios, ni es que tampoco pueden enseñarla. Al contrario, ellos nos odian amargamente, y nos persiguen como si fuéramos los herejes

²⁸ La traducción de Middleton le añade como referencia a “Matt. vi. 12”. Pero este texto no está en el latín original. Es una enmienda de Middleton que no viene al caso.

más pestilentes que seducen al pueblo. ¿Qué se ha de hacer en este caso? ¿Será legítimo entonces que cada espíritu fanático enseñe lo que le parezca viendo que el mundo ni puede oír ni permanecer en nuestra doctrina? Nos gloriamos con Pablo, que enseñamos el puro Evangelio de Cristo. *Al cual no solo el Emperador, el Papa y todo el mundo debe entregarse, sino también recibirlo con manos abiertas, abrazarlo afectuosamente, y cuidarlo con diligencia para que se enseñe por doquier. Pero si alguien enseñare de otra manera, sea el Papa, o San Agustín, o un Apóstol, o un ángel del cielo, sea anatema junto con su evangelio.* Pero enseñar el puro Evangelio no nos rinde ningún logro. Más bien se nos obliga a escuchar que esta nuestra gloria no solo es vana, áspera, y arrogante, sino también diabólica y llena de blasfemia. Pero si nos rebajamos dando lugar a la furia de nuestros adversarios, entonces los papistas y los anabaptistas se enardecen con orgullo. Los anabaptistas se jactarán que ellos traen y enseñan cierta cosa rara que el mundo jamás ha escuchado. Los papistas se restablecerán, perpetuando sus abominaciones de antaño. Por lo que todos estén alertas, seguros de su llamamiento y doctrina, para que con Pablo puedan decir con osadía, “Pero si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciara otro Evangelio contrario al que os hemos anunciado, sea anatema” (Gálatas 1:8).

VERSÍCULOS 13, 14. *Porque vosotros habéis oído acerca de mi antigua manera de vivir en el judaísmo, de cuán desmedidamente perseguía yo a la Iglesia de Dios y trataba de destruirla, y cómo yo aventajaba en el judaísmo a muchos de mis compatriotas contemporáneos, mostrando mucho más celo por las tradiciones de mis antepasados.*

Este pasaje no contiene doctrina alguna en particular. No obstante, Pablo aduce su propio ejemplo. Dice, “Yo he defendido las tradiciones de los fariseos, y de la religión judía, más que todos ustedes, y todos sus falsos maestros. Por lo que si la justicia de la ley tuviera algo que valiera la pena, no la hubiera dejado atrás. Pero al guardarla, antes de conocer a Cristo, tanto me esforcé por sacarle provecho, que sobrepasé a muchos de mis propios compatriotas. Aun más, tenía tanto celo por defenderla que perseguía extremadamente a la Iglesia de Dios, y la exterminaba. Pues habiendo recibido autoridad de los sumos sacerdotes, a muchos puse en la prisión (Hechos 26:10). Cuando llegaba el momento de pasarlos a muerte, yo pronunciaba la sentencia, y los castigaba por todas las sinagogas. Los obligaba a blasfemar, y tanto me enfurecía contra ellos, que los perseguía hasta por ciudades desconocidas.

VERSÍCULO 14. *Mostrando mucho más celo por las tradiciones de mis antepasados.*

Aquí él no dice que las tradiciones de los antepasados son farisaicas o humanas. Aquí el tema no es de las tradiciones de los fariseos, sino de un tema mucho más importante. Aquí el tema es que él incorpora hasta la santa ley de Moisés en las tradiciones de los antepasados. Es decir, la recibió y la dejó como herencia de los antepasados. Por éstas, dice él, “cuando yo estaba en la religión judía, yo era muy celoso”. De esta misma manera habla a los filipenses (3:6), “En cuanto a la ley,” dice él, “fariseo; en cuanto al celo, perseguidor de la Iglesia; en cuanto a la justicia de la ley, hallado irreprochable”. Como si dijera, “En esto me pudiera gloriarse, y compararme con toda la nación de los judíos, hasta con los mejores y más santos de todos los que son de la circuncisión. Que me muestren, si pueden, alguien que defendiera a la ley de Moisés con mayor celo y

fervor que yo. Esto (¡Oh gálatas!) debiera haberles persuadido a no creer en estos engañadores que engrandecen la justicia de la ley como tema de gran importancia. Pues si hubiera razón alguna para gloriarse en la justicia de la ley, yo la tuviera por mucho más que cualquier otro.

Lo mismo puedo decir de mi experiencia. Antes que fuera iluminado por el conocimiento del Evangelio, era igual de celoso por las leyes papales y las tradiciones de los padres. Yo le igualaba a cualquiera, con sumo fervor sosteniéndolas y defendiéndolas como santas y necesarias para la salvación. Aun más, yo mismo procuraba observarlas y guardarlas en todo lo que me fuera posible. Castigaba mi pobre cuerpo con ayunos, vigiliias, oraciones, y otros ejercicios. Lo hacía más que todos los que hoy me odian y me persiguen tenazmente, pero ahora les he quitado la gloria de justificarse por sus obras y méritos. Yo era tan diligente y supersticioso en esas observancias, que le imponía a mi cuerpo, más de lo que podía soportar, a riesgo de mi propia salud. Como asunto de conciencia honraba al Papa. Sin fingimientos, y sin procurar prebendas, promociones, y bonos de vivienda. Todo lo que hacía, lo hacía de corazón, con lealtad, y para la gloria de Dios. Pero todas esas cosas que para mí eran provechosas, ahora con Pablo, las cuento como pérdida por la excelencia del conocimiento de Jesucristo, mi Señor. Pero nuestros adversarios, flojos bien comidos, no habiendo soportado tentación alguna, no creen que yo y muchos otros hemos soportado tales cosas. Hablo de esas experiencias pues en ellas buscaba con gran anhelo paz y quietud para la conciencia. No obstante, en esa gran oscuridad me fue imposible encontrarlas.

VERSÍCULOS 15,16, 17. Pero cuando Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre y me llamó por su gracia, tuvo a bien revelar a su Hijo en mí para que yo le anunciara entre los gentiles, no consulté enseguida con carne y sangre, ni subí a Jerusalén a los que eran apóstoles antes que yo, sino que fui a Arabia, y regresé otra vez a Damasco.

Este es el primer viaje de Pablo. *Aquí Jerónimo labora arduamente, diciendo que Lucas en los Hechos no dice nada del viaje de Pablo a Arabia; como si fuera necesario apuntar todos los sucesos y los hechos de cada día en particular, siendo tal cosa imposible. Basta que tengamos algunos particulares y cierto número de relatos de los cuales podemos tomar ejemplos e instrucción.* Aquí él testifica que después de haber sido llamado por la gracia de Dios a predicar a Cristo entre los gentiles, enseguida se fue a Arabia sin consultar a nadie de la obra a la que había sido llamado. Aquí él testifica quién le enseñó, y la manera por la cual vino al conocimiento del Evangelio, y de su apostolado. “Cuando Dios tuvo a bien,” dice él. Como si dijera, “No lo he merecido por haber sido celoso por la ley de Dios sin temor a juicio. De ninguna manera. Más bien este celo necio e impío se movía dentro de mí que Dios en su tolerancia permitió que cayera de cabeza hasta en los pecados más abominables y descarados. Pues perseguía a la Iglesia de Dios, era un enemigo de Cristo, blasfemaba a su Evangelio, y en fin, fui el autor de haber derramado mucha sangre inocente. Esto fue mi merecido. En medio de ese cruel furor, fui llamado a tan inmensa gracia. ¿Qué? ¿Acaso fue por mi despiadada crueldad? ¡De ninguna manera! Pero fue porque la abundante gracia de Dios, que llama y muestra misericordia a quien quiera, me perdonó y me liberó de todas esas blasfemias. Por estos mis horribles pecados,

los que en ese entonces yo pensaba eran perfecta justicia y servicio agradable a Dios, me concedió su gracia, el conocimiento de su verdad, y me llamó a ser un apóstol”.

También nosotros hemos llegado hoy al conocimiento de la gracia por los mismos méritos. Diariamente yo crucificaba a Cristo con mi vida de monje. Blasfemaba a Dios con mi falsa fe, en la que vivía de continuo. En las apariencias no era como los otros hombres, timador, pernicioso, sino que practicaba el celibato, la pobreza, y la obediencia. Además, era libre de los afanes de la vida actual. Me daba solo al ayuno, a vigiliias, oraciones, diciendo misas, y tales cosas. Mientras tanto, bajo este manto de presunta santidad, fomentaba confianza en mi propia justicia, en la cual desconfiaba sin cesar, dudando, temiendo, odiando, y blasfemando contra Dios. Y esta mi justicia no era nada más que un charco inmundo, el propio reino del diablo. Pues Satanás ama a tales santos, y los cuenta por sus consentidos, que destruyen sus propios cuerpos y almas, y se privan de todas las bendiciones de las dádivas de Dios. Mientras tanto y no obstante, la impiedad, ceguera, desprecio por Dios, ignorancia del Evangelio, profanación de los sacramentos, blasfemias a Cristo hollándolo bajo pies, abusando de todos los beneficios y dones de Dios, imperaban sin medida. En conclusión, tales santos son esclavos de Satanás, y por tanto son movidos a hablar, pensar y hacer todo lo que él quiera. Pero por fuera pareciera que superan a todos los demás en buenas obras, en santidad y en templanza de vida.

Así éramos en el Papado. Ciertamente no menos sino más contumaces y blasfemos contra Cristo y su Evangelio que Pablo mismo. Yo en particular. Pues tenía a la autoridad papal en tan alta estima que yo pensaba que disentir del Papa era un pecado digno de la muerte eterna. Esa impía opinión me llevó a pensar que Juan Huss había sido un maldito hereje. Lo conté por un delito odioso. Cuando pensaba en él me llegaba al pensamiento que por defender la autoridad del Papa, yo mismo hubiera suministrado el fuego y la espada para quemar y destruir a ese hereje, pensando que con eso hubiera rendido alto servicio a Dios. Por tanto si comparan a los publicanos y las prostitutas con estos santurrones hipócritas, ellos no son nada malos. Porque ellos, cuando ofenden, les remuerde la conciencia, y no justifican sus malas obras. Sin embargo, estos hombres están tan lejos de reconocer que sus abominaciones, idolatrías, e impías ceremonias que idolatran al libre albedrío y la voluntad, son pecados. Piensan que son sacrificio agradable ante Dios, y las adoran como si fueran aciertos de una santidad muy particular. Y por ellas, prometen salvación a favor de otros, y también las venden por dinero, como haberes disponibles para la salvación.

Tal cual es nuestra buena justicia, y así nuestro gran mérito que nos trae al conocimiento de la gracia. A saber, que hemos perseguido a muerte y diabólicamente, blasfemado, hollado bajo pies, y condenado a Dios, a Cristo, al Evangelio, a la fe, a los sacramentos, a todos los buenos hombres, al verdadero culto a Dios, y hemos enseñado y establecido cosas muy contrarias. Y cuanto más santurrones éramos, más ciegos estábamos, y un tanto más adorábamos al diablo. Pero no había ni uno entre nosotros que no era una sanguijuela, sino en los hechos, en el corazón.

VERSÍCULO 15. *Mas cuando quiso Dios.*

Es como si dijera: “Solo por el inestimable favor de Dios, yo un tan impío y tan maldito miserable, tan blasfemo, perseguidor, y rebelde, fui perdonado. Y como si fuera poco no se contentó con perdonarme, sino que Dios me concedió el conocimiento de su salvación, su Espíritu, su Hijo, el oficio de Apóstol, y la vida eterna”. De tal modo que Dios fijándose en nuestra culpabilidad por pecados similares, no solo ha perdonado nuestras impiedades y blasfemias por su pura misericordia por causa de Cristo, sino que también nos ha abrumado con tan grandes beneficios y dones espirituales. Pero muchos de los nuestros no solo han sido ingratos con Dios por esta su inestimable gracia; pues así como está escrito, han olvidado la purificación de pecados pasados (2 Pedro 1:9). Además, algunos han abierto nuevamente la ventana al diablo, y despreciando la Palabra, la han llegado a pervertir y corromper, convirtiéndose en autores de nuevos errores. “Y el estado final de estos hombres resulta peor que el primero” (Mateo 12:45).

VERSÍCULO 15. *Me separó desde el vientre de mi madre.*

Esta es una frase hebrea. Es como si dijera, “Que me santificó, ordenó, y preparó. Que Dios ya había designado, cuando todavía estaba en el vientre de mi madre, que yo agrediera contra su Iglesia, y que después Él me llamaría en misericordia para que me volviera de en medio de mi crueldad y blasfemia, por su pura gracia hacia el camino de la verdad y la salvación. En breve, cuando todavía no había nacido, ya era un Apóstol a la vista de Dios, y habiendo llegado el tiempo, fui declarado un Apóstol ante el mundo entero.

De esta manera Pablo corta todos los merecidos, y da la gloria solamente a Dios; pero a sí mismo, solo vergüenza y confusión. Como si dijera, “Todos los dones, tanto pequeños como grandes, espirituales y corporales, todo lo que Dios se propuso darme, todo lo bueno que en cualquier momento de mi vida haría, Dios mismo ya lo había dispuesto cuando todavía estaba en el vientre de mi madre. Allí no podía ni desear, pensar, o hacer cualquier obra buena. Por tanto este don me vino por la mera predestinación y gratuita misericordia de Dios antes que yo naciera. Aun más, después de nacer, Él me sostuvo, pues estaba sobrecargado con innumerables iniquidades y las más horribles impiedades. Y para que Él pudiera declarar aun más expresamente la inefable e inestimable grandeza de su misericordia hacia mí, Él de su pura gracia perdonó mis infinitos y abominables pecados. Aun más, me reabasteció con tanta abundancia de su gracia, que no solo se me dio a comprender las cosas que se nos ha dado en Cristo, sino que pudiera predicarlas a otros. Lo demás es lo que merece todo ser humano, y especialmente aquellos viejos inútiles, que se ejercitan solo y enteramente en la apestosa podredumbre de los charcos de la justicia humana.

VERSÍCULO 15. *Y me llamó por su gracia.*

Fíjense cuán solícito es el apóstol. Dice: “Me llamó”. ¿Cómo? ¿Acaso fue por mi religión de fariseo? ¿Acaso fue por mi vida irreprochable y piadosa? ¿Acaso fue por mis oraciones, ayunos, y obras? No. Mucho menos fue entonces por mis blasfemias, persecuciones, opresiones. ¿Cómo fue entonces? Solo por su pura gracia.

VERSÍCULO 16. *Revelar a su Hijo en mí.*

Ahora escuchamos el tipo de doctrina encomendada a Pablo: La doctrina del Evangelio, la cual es la revelación del Hijo de Dios. Esta es una doctrina bien contraria a la ley. La doctrina de la ley no revela al Hijo de Dios, sino que hace relucir el pecado, aterra la conciencia, manifiesta la muerte, la ira y el juicio de Dios, y el infierno. El Evangelio es tal doctrina que no admite ley alguna. Debe separarse tan lejos de la ley como la distancia separa al cielo de la tierra. Esta diferencia en sí es fácil y clara. Sin embargo, para nosotros es difícil y repleta de dificultades. Pues es tema fácil decir que el Evangelio no es nada más sino la revelación del Hijo de Dios, o el conocimiento de Jesucristo, y que no es la revelación de la ley. Pero en la agonía y la aflicción de la conciencia, aferrarse a esto, y practicarlo en los hechos, es difícil, aun para los que tienen experiencia en practicarlo.

Pues bien, si el Evangelio es la revelación del Hijo de Dios, tal como Pablo aquí lo define, entonces ciertamente que no acusa, no teme las consecuencias, no amenaza con la muerte, ni trae la desesperanza, como lo hace la ley. Empero el Evangelio es una doctrina respecto a Cristo. Y Él ni es ley ni obra, sino nuestra justicia, sabiduría, santificación, y redención (1 Corintios 1:30). Aunque esto sea más claro que la luz del sol, no obstante la locura y ceguera de los papistas ha sido tan grande, que han hecho del Evangelio una ley de caridad y a Cristo lo han hecho un legislador²⁹ más exigente y severo en sus mandatos que el mismo Moisés. Pero el Evangelio enseña que Cristo no vino para establecer una nueva ley ni dar mandamientos que reglamenten el comportamiento. El Evangelio enseña que Él vino con este propósito, de dar su vida como una ofrenda por los pecados de todo el mundo, para el perdón de nuestros pecados, y para que se nos conceda la vida eterna por causa suya, y no por las obras de la ley, ni por nuestra justicia. Este es el tesoro inestimable del cual propiamente nos predica el Evangelio. Por tanto, esta doctrina no se aprende ni se recibe por el estudio diligente, o la sabiduría del hombre, ni aun por la ley de Dios. El Evangelio lo revela Dios mismo, tal como Pablo lo dice aquí: Primero por medio de la palabra externa, y luego por la obra del Espíritu obrando en el interior. El Evangelio es la palabra divina que descende del cielo, y se revela por el Espíritu Santo, que fue enviado con el mismo fin. No obstante, la palabra externa viene antes. Pues Pablo mismo no recibió ninguna revelación interna sino hasta después que escuchó la palabra externa del cielo que le decía, “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” (Hechos 9:4). Primero entonces, escuchó la palabra externa, y luego siguieron revelaciones, el conocimiento de la palabra de fe, y los dones del Espíritu Santo.

VERSÍCULO 16. *Para que le predicase entre los gentiles.*

“Quiso Dios,” dice el Apóstol, “revelarse en mí”. ¿Con qué fin? No solo para que yo mismo pudiera creer en el Hijo de Dios, sino para que también pudiera predicarlo entre los gentiles. Y ¿por qué no entre los judíos? Pues aquí vemos que Pablo propiamente es el apóstol a los gentiles, aunque también predicó a Cristo entre los judíos.

²⁹ *ex Evangelio legem charitatis, ex Christo Legislatorem fecerint HC*].

Aquí Pablo abarca en pocas palabras, como lo suele hacer, toda su teología, la cual es, predicar a Cristo entre los gentiles. Como si dijera, “Yo no voy a imponer la carga de la ley sobre los gentiles, porque yo soy el apóstol y evangelista a los gentiles, mas no soy su legislador. De esta manera dirigía todas sus palabras contra los falsos apóstoles. Como si dijera, “Oh gálatas, ustedes no me han escuchado enseñar de la justicia de la ley, ni de las obras. Esta labor pertenece a Moisés, y no a mí, Pablo, pues soy el apóstol a los gentiles. Mi función y ministerio es el de llevarles el Evangelio, y de enseñarles la misma revelación que yo recibí. Por tanto no deben escuchar a maestro alguno que enseñe la ley. Porque la ley no debe ser predicada entre los gentiles, sino el Evangelio. No a Moisés, sino al Hijo de Dios. No a la justicia de las obras, sino a la justicia de la fe. Esta es la predicación que propiamente pertenece a los gentiles.

VERSÍCULO 16. *Luego no consulté con sangre y carne.*

San Jerónimo aquí sostiene una gran contienda contra Porfirio y Julián, pues acusan a Pablo de arrogancia porque no confiere con calidad de Evangelio al resto de los apóstoles; y también porque Pablo llama a los apóstoles ‘carne y sangre’. Pero aquí cuando Pablo menciona carne y sangre, no habla de los apóstoles. Pues después añade, “Ni fui a Jerusalén a los que eran apóstoles antes que yo”. Lo que Pablo quiere decir es que una vez que recibió la revelación del Evangelio de Cristo, no consultó con persona alguna en Damasco. Mucho menos pidió a alguno que le enseñara el Evangelio. De tal modo que no fue a Jerusalén, a Pedro y a los otros apóstoles para que ellos le enseñaran el Evangelio. Sino que de inmediato predicó a Cristo en Damasco, en donde recibió el bautismo por medio de Ananías, y la imposición de manos. Pues fue necesario que él obtuviera la señal y el testimonio externo de su llamamiento. Lo mismo escribe Lucas, en Hechos 9.

VERSÍCULO 17. *Ni fui a Jerusalén a los que eran apóstoles antes que yo; sino que me fui a Arabia, y volví de nuevo a Damasco.*

Dice, “Fui a Arabia antes de ver a los apóstoles o consultar con ellos. De inmediato asumí el oficio de predicar entre los gentiles”. Para eso había sido llamado, y también había recibido una revelación de Dios. *Por tanto, en vano Jerónimo indagaba de lo que Pablo hacía en Arabia. ¿Qué más iba a hacer sino predicar a Cristo? Pues por esta razón (dijo él) le fue revelado el Hijo de Dios, para que lo predicara entre los gentiles. Por lo que también de inmediato se traslada desde Damasco, una ciudad gentil, hacia Arabia, también entre los gentiles, y allí lleva a cabo su oficio con poder.* Por tanto, él no recibió su Evangelio de hombre alguno, ni de los mismos apóstoles, sino se regocijó solamente por su llamamiento celestial, y con la revelación de Jesucristo. Por tanto todo este pasaje es una refutación del argumento de los falsos apóstoles que usaron contra Pablo, diciendo que él solamente era un estudioso que había escuchado de los apóstoles, que vivían de acuerdo a la ley. Además, que Pablo mismo había vivido de acuerdo a la ley. Por tanto era necesario que los mismos gentiles guardaran la ley, y se circuncidaran. A fin de tapan la boca de estos pretenciosos, él repite esta larga historia. Antes de mi conversión, dice él, yo no aprendí mi Evangelio de los apóstoles, ni de cualquier otro de los hermanos que creyeron (pues yo había perseguido al extremo no solo a esta doctrina, sino también a la

Iglesia de Dios, abatiéndola). Tampoco después de mi conversión. Pues de inmediato prediqué en Damasco, no a Moisés con su ley, sino a Jesucristo. No consulté con hombre alguno, pues todavía no había visto ninguno de los apóstoles.

De igual manera nosotros también nos jactamos que no hemos recibido nuestra doctrina del Papa. Ciertamente que de él hemos recibido las Escrituras y los símbolos externos, pero no la doctrina. Esa nos ha llegado solo como regalo de Dios. A lo que hemos añadido nuestro estudio, lectura, e investigación. Por tanto el argumento de nuestros adversarios es una pequeñez, pues hoy nos dicen, ¿Quién va a creer su doctrina, Oh luteranos, viendo que no han recibido un cargo público? Deben tomar su doctrina del Papa y de los obispos, pues ellos han sido ordenados y desempeñan legítimamente.

VERSÍCULO 18, 19. *Después, pasados tres años, fui a Jerusalén a ver a Pedro, y estuve con él quince días. Mas a ningún otro de los apóstoles vi, sino a Jacobo, el hermano del Señor.*

Pablo reconoce que estuvo con los apóstoles, pero no con todos. No obstante aclara que fue a Jerusalén, no por mandato de ellos, sino de su propia voluntad, no para aprender cosa alguna de ellos, sino para ver a Pedro. Lucas relata lo mismo en el capítulo nueve de los Hechos, que Bernabé había llevado a Pablo para ver a los apóstoles. Declaró ante ellos como había visto al Señor en el camino, y que había hablado con Él. También que había predicado osadamente en Damasco, en el nombre de Jesús. De esto, Bernabé dio testimonio. Todas sus palabras están dentro del marco que pudieran comprobar que su Evangelio no era del hombre. Es cierto que reconoce que había visto a Pedro, y a Santiago el hermano de nuestro Señor, pero ninguno de los otros apóstoles además de estos dos, y que nada aprendió de ellos.

Por tanto reconoce que estuvo en Jerusalén con los apóstoles. Esto es lo único que contiene el informe de los falsos apóstoles. Además, reconoce que había vivido según la costumbre de los judíos, pero siempre solamente entre los judíos. Pues Pablo se ajustaba a esta regla: ‘Cuando en Roma, haz como los romanos’. Esto es lo que él dice en el capítulo nueve de su primera Epístola a los Corintios (19 ff.): ‘Porque aunque soy libre de todos, de todos me he hecho esclavo para ganar a mayor número. A los judíos me hice como judío, para ganar a los judíos,’ etc., ‘a todos me he hecho todo, para que por todos los medios salve a algunos’. Reconoce que estuvo en Jerusalén con los apóstoles, pero negó haber aprendido su Evangelio de ellos. También niega que fue obligado a enseñar el Evangelio de la manera que se lo prescribieron los apóstoles. Todo el efecto de este asunto recae en esta palabra ‘a ver’. ‘Yo fui,’ dijo él, ‘a ver a Pedro, no a aprender de él. Por tanto, ni Pedro es mi maestro, ni tampoco Santiago’. En cuanto a los otros apóstoles, niega por completo que se vio con alguno de ellos.

Pero, ¿por qué repite Pablo con tanta frecuencia que él no aprendió su Evangelio de los hombres, ni de los mismos apóstoles? Su propósito es este: Persuadir a las iglesias de Galacia, que ya se habían descarriado por los falsos apóstoles, para sacarlos de la duda que el Evangelio de ellos era la verdadera palabra de Dios. Es por esta razón que lo repite tan frecuentemente. Si en esto no hubiera prevalecido, jamás hubiera tapado la boca de

los falsos apóstoles. De otra manera hubieran protestado contra él: “Somos tan buenos como Pablo, somos discípulos de los apóstoles así como él. Además él es tan solo uno, nosotros somos muchos. Por tanto, lo sobrepasamos, tanto en autoridad como en cantidad de creyentes.

Aquí Pablo fue constreñido a gloriarse, afirmar y juramentar, que no había aprendido su Evangelio de ningún hombre, ni tampoco lo había recibido de los mismos apóstoles. *Le fue imperativo gloriarse de esa manera, y no era vana jactancia, como declaran falsamente Porfirio y Julián, pues no percibieron (al igual que Jerónimo) lo que Pablo procuraba.* Pues su ministerio estaba aquí en gran peligro, así como todas las iglesias, que lo habían tenido a él como su pastor y maestro principal. Por tanto la necesidad de su ministerio y de todas las iglesias requería que con orgullo santo, él debiera jactarse de su vocación, y del conocimiento del Evangelio que Cristo le había revelado, para que sus conciencias pudieran persuadirse totalmente que su doctrina era la verdadera palabra de Dios. Aquí Pablo lidiaba con un asunto de suma gravedad. A saber, que todas las iglesias en Galacia debieran permanecer en la sana doctrina. La controversia en sí, tocaba con el tema de la vida y la muerte eterna. Pues si la palabra de Dios desaparece, ya no hay consuelo, ni vida, ni salvación. Por tanto, esta es la causa por la que recita estas cosas, a fin de retener a las iglesias en la verdadera y sana doctrina. Por tanto su propósito es demostrar por medio de esta historia, que él no había recibido su Evangelio de hombre alguno. Nuevamente, que él predicó por cierto tiempo, a saber, por el espacio de tres o cuatro años, tanto en Damasco como en Arabia, por revelación de Dios, antes de haberse visto con cualquiera de los apóstoles, el mismo Evangelio que los apóstoles habían predicado.

Aquí Jerónimo trata el tema del misterio de los quince días con liviandad. Dice también que en esos quince días Pablo fue enseñado por Pedro e instruido en los misterios de Ogdoad y Hebdoad. Pero estas cosas no tienen nada que ver con los hechos. Pues Pablo dice expresamente que él vino a Jerusalén a ver a Pedro, y se quedó con él quince días. Si su propósito hubiera sido aprender el Evangelio de Pedro, tenía que haberse quedado allí varios años. En quince días no pudo haberse convertido en tan gran apóstol y maestro de los gentiles - sin mencionar que en esos quince días (como Lucas testifica en Hechos 9:28ff.) él habló osadamente en el nombre del Señor y disputaba con los griegos.

VERSÍCULO 20. *Y en esto que os escribo, he aquí delante de Dios, que no miento.*

¿Fue necesario que Pablo se sometiera a juramento? Debido a que reportó un evento, tiene la obligación de juramentar, a fin que las iglesias le crean, y también para que los falsos apóstoles no digan, ¿quién sabe si Pablo estará diciendo la verdad? De tal modo que aquí se puede ver el desprecio con el que los gálatas ya tenían a Pablo, vasija escogida por Dios. Aunque había predicado a Cristo ante ellos, se vio obligado a jurar que decía la verdad. Si entonces esto le sucedió a los apóstoles, de tener tan potentes adversarios, ¿acaso nos sorprende que hoy nos sucede lo mismo? Y que de ninguna manera somos dignos de ser comparados con los apóstoles. Por tanto, juramenta, por algo que nos pareciera es de poco peso. Pero habla la verdad, que no se demoró con Pedro como si fuera para aprender de él, sino tan solo para verlo. Pero si el tema se sopesa con

diligencia, es de gran peso e importancia, tal cual se aduce por lo que él dice antes. De igual manera nosotros juramentamos al igual que Pablo en ese asunto: Dios sabe que no mentimos.

VERSÍCULO 21. Después fui a las regiones de Siria y Cilicia.

Siria y Cilicia son países contiguos. Con esto él todavía quiere persuadir que así como antes y después de ver a los apóstoles, siempre enseñó el Evangelio. Pues lo había recibido por revelación de Cristo, y jamás fue discípulo de los apóstoles.

VERSÍCULOS 23, 23, 24. Pero todavía no era conocido en persona en las iglesias de Judea que eran en Cristo; sino que solo oían decir: El que en otro tiempo nos perseguía, ahora predica la fe que en un tiempo quería destruir. Y glorificaban a Dios por causa de mí.

Esto lo añade para continuar la historia, que después de ver a Pedro, fue a Siria y Cilicia, predicando allí de tal manera que ganó el testimonio de todas las iglesias en Judea. Como si dijera, “Apelo al testimonio de todas las iglesias, aun las de Judea, pues las iglesias dan testimonio, que no solo en Damasco, Arabia, Siria, y Cilicia, sino también en Judea, yo he predicado la misma fe que en otro tiempo rebatía y perseguía. Y glorificaban a Dios en mí. No porque yo enseñé la circuncisión y la observancia de la ley de Moisés, sino por la predicación de la fe, y por la edificación de las iglesias mediante mi ministerio en el Evangelio. Por tanto tienen el testimonio no solo de todo el pueblo de Damasco y de Arabia, sino también de todas las iglesias católicas o universales de Judea.